

La Esfera

2 Diciembre 1916

Año III.—Núm. 153

ILUSTRACION MUNDIAL



GITANA VIEJA.—Fragmento de "La danza de la corona", cuadro de Anglada Camarasa

DE LA VIDA QUE PASA
EL BARRIO LATINO DE MADRID

Ciertos espíritus extranjerizantes, que apenas han podido absorber el sentido extranjero, suelen poner muchas tachas á Madrid, y dicen que en Madrid no existe nada interesante. Se lamentan, por ejemplo, de que no haya en Madrid un barrio intelectual, algo que recuerde al Barrio Latino de la margen del Sena.

Sin embargo, España es una síntesis nacional del mundo y lo contiene todo; así también, por tanto, en Madrid están representadas todas las cosas deseables. Ni siquiera falta lo correspondiente al Barrio Latino de Madrid.

Hay una zona estimable, en efecto, cuyo eje ó cauce central debe colocarse en el paseo del Prado, ancha y prestigiosa avenida que, para nuestro propósito de relación, compararíamos con el Sena. Desde la Cibeles hasta la puerta de Atocha, he ahí ese cauce frondoso, poblado de historias, lleno de evocaciones y sancionado por ilustres y bellísimas fuentes, únicas acaso en el mundo: la de Neptuno, la de Apolo y la de la Cibeles.

Descontad, si os place, por innecesarias, las moles del Banco de España y del Ministerio de Fomento. El mismo edificio del Correo, ya bautizado con el mote de «Notre Dame de la Poste», tiene en el sitio cierto aire de fantasía ó de mística pretensión. Y en un breve espacio de ciudad, afluyendo siempre al cauce del Prado, se reúnen los siguientes organismos intelectuales: el Retiro, el Museo de Pinturas, el Jardín Botánico, la iglesia de los Jerónimos, el Museo de Artillería, la Academia Española, la Clínica de San Carlos, el Ateneo, el Congreso. Y pululando por las calles adyacentes, se ven innumerables tiendas de anticuarios, de muebleros artículos y de vendedores de estampas y grabados.

Desde lo alto de la Carrera, en su parte culminante, se divisa á distancia un panorama de hondo prestigio: la fuente de Neptuno abajo; la masa gris-rosa del Museo; la elegancia gótica de los Jerónimos, y como noble fondo, bajo la fina pureza del cielo castellano, los densos árboles del Retiro ponen su aristocrática nota de parque real.

Pero en este mismo Retiro, y precisamente del mismo lado que nos preocupa, existe el Parterre, que pudiera evocarnos el propio jardín parisiense del Luxemburgo. Los dos jardines son hermanos por el estilo. En la primavera, igualmente, el Parterre del Retiro suele verse visitado por solitarios pintores que ensayan reproducir aquel encanto de los prodigiosos árboles en flor, y la poesía de los pequeños estanques clásicos, y el verde alboreal, amarillento de los bojés tupidos sobre la severidad pensativa de los cipreses.

Sembrad ese rincón del parque con

discretas y artísticas estatuas de filósofos y poetas y tendréis un Luxemburgo intelectual, tal vez mejorado por el clima, por la luz, por el cielo.

¿Qué le faltaría á esa zona de Madrid para ser completamente un barrio de artistas, literatos y estudiantes? Edificaríamos (pues se trata de proyectar) una hermosa y nueva Universidad

en el paseo del Prado, frente al Museo de Pinturas y hacia la desembocadura de la calle de las Huertas. Esta calle, con la del Prado, se llenaría de hotelitos y casas de pensión, cafés, clubs estudiantiles, librerías. Aun podría instalarse un edificio para Escuela de Bellas Artes en los alrededores ó sobre la línea del paseo.

Entonces se desplazaría todo el elemento intelectual, académico y estudiantil, reconcentrándose en esa zona noble é ilustre. Que la población ambulante y rastacueril buscase el brillo burgués y snobista de la Gran Vía y la calle de Alcalá; que el mismo Palace Hotel huyera, por arbitrario, á otro lugar más conveniente, con sus huéspedes ruidosos, sus cocotas, sus extranjeros de segundo orden y sus comisiones de Ayuntamiento provinciano.

El Hotel Ritz, cerca del Museo y decorado

por el grave Obelisco, es un agregado inestimable, gracias á su aire de mansión internacional de clientela cernida y culta.

En cuanto á los pintores ricos y los literatos adinerados, no necesitarían alejarse mucho; al borde de las calles de Alfonso XII y de la Lealtad tendrían espacio para erigir sus hogares cómodos y lujosos.

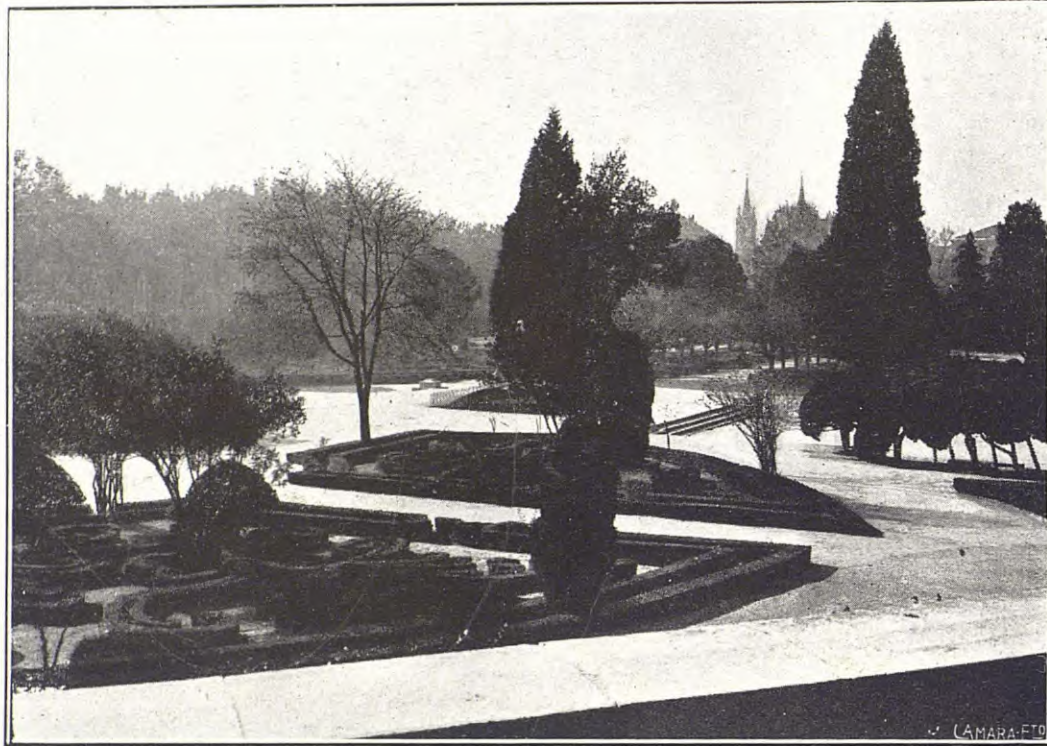
Con poco esfuerzo podría, pues, formarse en Madrid el barrio intelectual por excelencia.

En él estarían congregadas todas las causas que explican y llenan

una vida de estudio y de placer estético. El artista y el estudiante, el sabio y el escritor, no necesitarían sobrepasar el límite de su barrio; allí estaría todo comprendido: el Parque magnífico y el Parterre encantador, el Museo y la Universidad, los Colegios, el Ateneo, el Parlamento, las librerías, el Jardín Botánico, los rincones en sombra, las fuentes memorables, las estatuas recordatorias. Bullicio de estudiantes, desfile de modistas, cafés de literatos, librerías para el profesor. Un ambiente reconcentrado y característico donde acudirían sin duda el pintor y el estudiante de América y que prestaría á Madrid, y por consecuencia á España, un valor de inmenso prestigio, un carácter original.

JOSÉ MARÍA

SALAVERRÍA



Detalle del parterre del Retiro



Detalle de la fachada del Museo del Prado

FOTS. SALAZAR

LOS DESASTRES DE LA GUERRA



LÁMARA-FOTO

RUINAS DE LA CATEDRAL DE ALBERT, DESPUÉS DEL BOMBARDEO DE LA CIUDAD, DURANTE EL ATAQUE INGLÉS
FOT. HUGELMANN

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



CALMA, cuadro de Hernández Nájera

GITANERÍA



*Gitana,
por creer en tus hechizos
se va á condenar mi alma.*

*Dime, bruja,
¿con qué hierba emponzoñada
me has hecho el alma cautiva
de tu belleza enigmática?
Tú me tienes embrujado
con las ansias
de tu hermosura morena
que me quema y que me mata.
No es amor lo que te tengo,*

*es una furia satánica
que besa, muerde y blasfema,
que acaricia y despedaza.
Estoy como un poseído
por la magia,
por tu belleza divina,
divina y endemoniada.*

*Gitanilla granadina,
gitanilla auribronceada
que en tu cueva de hechicera
tus bebedizos preparas.
Te vi danzar, como una*

*rubia serpiente de llamas,
al compás alucinante
de las fuentes de Granada.
Desde entonces, me embrujaste
con esta pena tan mala,
pena de un querer más negro
que una maldición gitana.*

*Gitana, bruja gitana,
yo te vendo por un beso
la salvación de mi alma.*

EMILIO CARRERE

FOTOGRAFÍA DE RIOJA DE PABLO

NUESTRAS VISITAS

DON TOMÁS LUCEÑO

El anciano é ilustre sainetero trataba de disuadirme con una sincera modestia poco común entre los escritores.

—A mí me honra usted mucho; pero, ¡qué caramba!, no hemos de engañarnos: no lo merezco; yo soy un autor fracasado; nadie se ocupa de mí; ya ni nadie me hace caso. Si doy una obra á algún teatro me la tienen olvidada como si se tratase de un novato. ¿Quién se acuerda ya de mi labor pasada? ¿Quién tiene presente hoy día que este viejo y tembloroso autor hizo ganar mucho dinero á las empresas? Hasta yo, á veces, dudo de mí y pienso: ¿sí seré el mismo Luceño de hace treinta años? Y si no fuese por mis inseparables patillas ¡ni me conocería á mí mismo!—me empezó diciendo con una amargura dulce y resignada que me transía de tristeza.

—¡Oh! No diga usted eso, maestro—protesté—. Su modestia le engaña. La prueba de su valía es que yo estoy aquí pendiente de sus labios.

—Porque es usted muy amable. En fin: en sus manos encomiendo mi alma. Pregúnteme usted cuanto guste.

Don Tomás se había quitado los lentes y dejase caer en una butaca cercana al sofá en donde yo estaba sentado.

La venerable cabeza de Luceño recuerda una época ya casi olvidada. Ante él, con sus patillas blancas, que parecen dos plastones de nieve, su gesto austero, sus ojos ya cansados de ver y su pulcritud en el vestir, se siente la misma emoción que ante esos grandes óleos de nuestros abuelos que contemplamos de pequeños allá en el «estrado» de nuestra casa provinciana.

—¿Madruga usted mucho, D. Tomás?— le pregunté, por comenzar nuestro diálogo.

—Yo—repuso con voz cascada, lenta y temblorosa—me levanto á la hora de los madrileños: ocho y media... nueve... El sueño es para mí una relativa felicidad. Si duermo mal no hay en casa quien me aguante.

—¿Es usted madrileño?

—A Dios gracias, y bautizado en la iglesia de San Ginés en Diciembre del año—¡me da vergüenza decirlo!—1844. Soy un viejo. Y lo que siento es no haber sabido renovarme hasta encajar en los tiempos y gustos modernos. Así es que me sorprenden cosas como ésta: la otra tarde, estando yo en una gran peluquería adonde concurre lo más elegante de Madrid, oí decir á un coronel de artillería que en España no quedaban más que dos hombres: primero, Joselito, y después, D. Antonio Maura; entonces, yo me quedé un poco confuso y le dije: «Según eso, cuando muera Joselito, ascenderá Maura de categoría y ocupará el número uno.» «Sí—me contestó el señor—; si Belmonte no se arregla, sí.»

La apacible ironía del insigne autor nos hizo reír. El prosiguió:

—Es fruto de los tiempos. Pues bien, continuemos conmigo. Mi padre era juez y ejerció la abogacía con provecho; debido á esto, no he pasado esas penalidades románticas de otros autores; he vivido mi primera edad con holgura, sin necesidad de dormir sobre el duro maderamen de los bancos del Prado. Ya de mozo, aprendí taquígrafa y después traté de prepararme para varias carreras; pero, desgraciadamente, para todas exigen las matemáticas, y yo no podía con ellas; me matriculaba en las academias, y en cuanto llegaba á los números primos, me daba de baja; á mí no me entraba en la cabeza eso de A más B más C. Entonces conseguí meter la cabeza en Gobernación á las órdenes de González Bravo. Allí me cogió la revolución y me tiraron el pupitre á la calle y perdí el título. El año 71 gané una plaza por oposición de taquígrafo en el Senado.

—¿Y todavía continúa usted ocupándola?

—No, señor; allí he servido cua-

renta años y llegué á segundo jefe de la redacción del *Diario de Sesiones*; pero temeroso de llegar á jefe, por no tener carácter para mandar en ningún lado, pedí mi jubilación.

Calló el maestro. Con el tacto buscó sobre el sofá la funda de sus lentes. Yo le dije:

—Ahora hablemos de su vida literaria. ¿Desde pequeño sintió usted vocación por el teatro?

—No, señor. A fuerza de leer las obras de don Ramón de la Cruz nació en mí el deseo de escribir sainetes.

—¿Luego los sainetes de D. Ramón de la Cruz eran los preferidos por usted?

—Desde luego; encontraba en ellos finura, gracia y observación, y yo he tratado de imitarle; claro que en el procedimiento, no en el fondo.

—¿Cuál fué el primer sainete que estrenó usted?

—*Cuadros al fresco*. Me lo estrenaron en la Comedia una *compañía de notables* formada por primeros actores y dirigida por Mario.

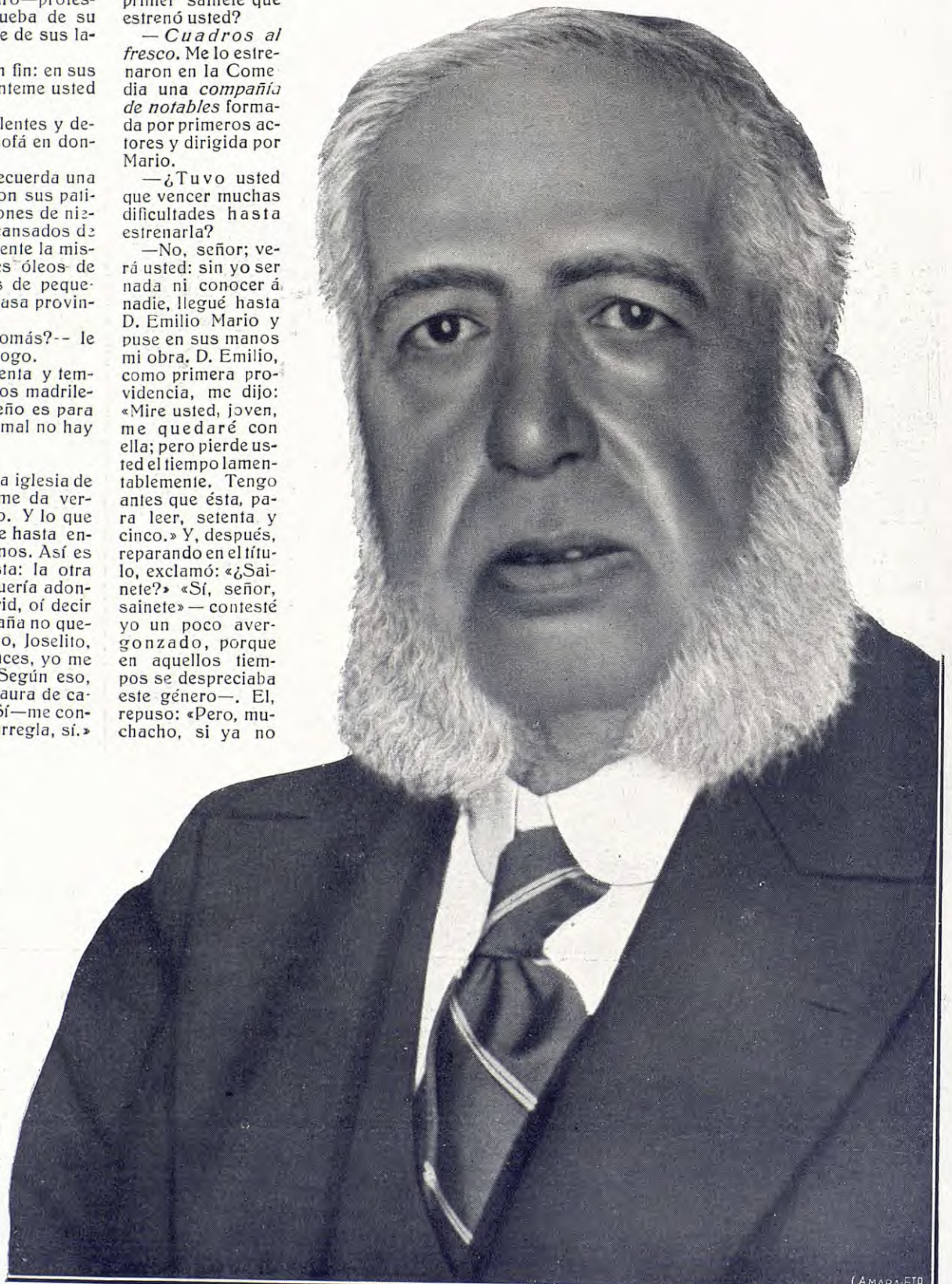
—¿Tuvo usted que vencer muchas dificultades hasta estrenarla?

—No, señor; verá usted: sin yo ser nada ni conocer á nadie, llegué hasta D. Emilio Mario y puse en sus manos mi obra. D. Emilio, como primera providencia, me dijo: «Mire usted, joven, me quedará con ella; pero pierde usted el tiempo lamentablemente. Tengo antes que ésta, para leer, setenta y cinco.» Y, después, reparando en el título, exclamó: «¿Sainete?» «Sí, señor, sainete»—contesté yo un poco avergonzado, porque en aquellos tiempos se despreciaba este género—. El, repuso: «Pero, muchacho, si ya no

hay sainetes por el mundo entero. En fin, basta que le haya usted puesto sainete, voy á leerla esta misma noche. Vuelva usted por aquí dentro de unos días...» Dejó pasar una semana, al cabo de la cual me personé otra vez en el teatro, y cuál no sería mi asombro cuando, al entrar en el escenario en busca de D. Emilio, me encuentro con que estaban ensayando mi sainete. Esto me produjo un hondo desasosiego y salí corriendo y hablando solo por las calles. La gente me tomaba por loco y yo creo que lo estaba... ¡de alegría!

—¿Qué ocurrió en el estreno?

—Que gustó mucho la obra. Pero al día siguiente tuve una decepción muy grande. No dormí aquella noche con la ilusión de que al otro día



los periódicos traían mi nombre y cuál no sería mi disgusto al encontrarme con que todos lo habían equivocado: unos me llamaban Ludeño, otros Ledesma, uno Limeño. ¡Ni uno siquiera me puso Luceño! Usted, amigo mío, sabe perfectamente lo amargas que resultan estas erratas cuando se empieza a soñar con la popularidad. El éxito de *Cuadros al fresco* se debió principalmente á que era el primer sainete que se hacía en el siglo XIX, pues, como le dije á usted, este género estaba despreciado. ¿Pero no le molesta á usted oír hablar tanto?—me preguntó de improviso.

—¡Por Dios, D. Tomás!—protesté—. Estoy encantado escuchándole. Palabra.

—Pues continuemos. ¿Por dónde iba yo? ¡Ah, sí!... Aquel mismo año me casé. Y eso que casado me parece que lo he estado siempre. ¡De verdad! Tengo la idea de que he nacido casado y con patillas. Me entraron deseos de hacer una carrera y me puse á estudiar leyes y fuí alumno de D. José Canalejas por espacio de dos minutos.

—¿Y eso?

—Me explicaré: D. José Canalejas era profesor de Literatura latina; yo no podía asistir á esa clase ni estudiar por lo tanto, pues era ministro de Ultramar Ayala—al cual quise como á cien padres juntos—y yo estaba en su despacho. En esta situación, llegó el examen de Literatura latina. Yo no sabía una palabra, y la noche antes compré un librito que llamábamos los estudiantes *remedia vagos* con intención de aprendérmelo; pero, á pesar de que me tomé varias tazas de café, el sueño se apoderó de mí cuando no me había aprendido más que la relación de obras de Plauto y Terencio. ¡Figúrese

qué despertar!... En esta disposición llegué ante el Tribunal de examen, y ¡oh, diosa salvadora!, D. José Canalejas me preguntó quiénes eran Plauto y Terencio... Estuve magistral y me dieron un sobresaliente. Después, cuando pasaron varios años y yo trabé amistad con el gran Canalejas, le preguntaba: «¿Cómo adivinó usted que esa respuesta era lo único que yo sabía de Literatura latina?» «Por los rayos X»—me respondía él.

—¿Cuántas obras de teatro ha estrenado usted?

—Unos cuarenta sainetes; aparte de éstos, zarzuelas, refundiciones y arreglos del francés, y no he escrito más porque he tenido que atender á mis destinos, gracias á los cuales vivo y puedo comer, pues las letras son muy desagradecidas.

—¿Cuánto dinero ha ganado usted con ellas?

—¡Qué sé yo! ¡Muy poco! No me acuerdo.

—Haga usted memoria—insistí.

—Pues bien, *por ser para usted*—como dicen los comerciantes—, podemos poner 80.000 pesetas. Una mezquindad.

—¿Su obra de más éxito?

—*El ilustre enfermo* y *Viva el difunto*. Esta segunda fué la última que estrené el año anterior en la Princesa.

—¿Son las que más le han producido?

—*El ilustre enfermo* sí; la otra es muy joven todavía. En cuanto á cariño artístico son mis preferidas.

—¿Está usted tranquilo durante los estrenos?

—¡Oh, no! Al contrario: me pongo sumamente nervioso; es una borrachera, y me da por tutear á todo el mundo, aunque no lo conozca, y estar

extraordinariamente amable con toda la gente.

—¿Ha tenido usted fracasos?

Luceño hizo un gesto de terror.

—¡Dos! Uno en la Comedia y otro en Apolo; ¡pero qué fracasos, Dios mío! En el de Apolo llegó el público hasta á sacar los pañuelos y pedir mi oreja. ¡Espantoso!! ¡Fueron unos señores pateos!! Desde entonces estoy un poco sordo, y cuando siento el ruido de un coche que pasa por la calle me recuerdo de aquellas noches.

—¿Aguantó usted en el escenario toda la descarga?

—No, señor. En mitad del jaleo de Apolo salí huyendo como perseguido y me metí en la iglesia de San Ginés á dar gracias á la Virgen.

—¿Por qué?

—Porque no me hubiesen matado. Usted no sabe lo que es el publiquito.

—¿Qué obras tiene usted en preparación?

—Para estrenar próximamente un sainete que se llama *Preciosilla*, el cual lo hice por encargo de la Cobeña para la Isaura; pero como ésta se marchó de la compañía ha quedado ahí. Fernando Mendoza estrenará en América *El castigo del avaro*, que ya hace tiempo tiene en su poder. Quisiera hacer en esta temporada una comedia de *El curioso impertinente* de Cervantes. Las refundiciones he tenido que abandonarlas, aunque me producían bastante, pues las empresas dicen que las obras del teatro antiguo son *unas latas*, y yo creo que alguna que otra empresa ha dado la orden de que no me dejen entrar en el teatro sin que antes me registre el portero, no sea cosa que lleve alguna refundición...

EL CABALLERO AUDAZ



D. Tomás Luceño en su gabinete de trabajo

FOTS. CABALLERO

CUENTOS ESPAÑOLES
EL JUEGO DE LOS PENDIENTES



Para mi distinguido amigo D. Fernando de Bascaran

LUISA de Zaldívar y Romerosa, una de las más bellas y simpáticas mujeres de la buena sociedad madrileña, celebraba su fiesta onomástica y era obsequiada por sus muchas y escogidas relaciones con variados y artísticos regalos, algunos de gusto exquisito.

Para felicitarla y obsequiarla como ella se merecía y como él tenía el deber de hacerlo, fué á visitarla Eugenio Duarte de la Riva, su mejor y más íntimo amigo, hombre riquísimo, espléndido y de una suerte loca en los negocios, sobre todo en la Bolsa, donde hacía jugadas verdaderamente temerarias, siempre con fortuna.

Eugenio Duarte, hombre de unos treinta y cinco años, de arrogante figura, elegancia sin afección y distinción nativa, se hacía notar en los círculos aristocráticos por su desprendimiento y su fastuosidad.

Cuando Duarte de la Riva penetró en el gabinete de Luisa, estaba ésta con una amiga, la cual, *haciéndose cargo* y procediendo discretamente, se apresuró á marcharse, cumpliendo uno de los mandamientos de la ley de Dios.

En cuanto se quedaron solos, Eugenio, después de besar efusivamente á su mejor y más íntima amiga, la entregó un estuche que ella se apresuró á abrir.

—¡Qué pendientes tan magníficos!—exclamó alborozada y deslumbrada—. Son riquísimos y de excelente gusto. Pero esto es demasiado.

—Nunca tanto como tú mereces.

—¿Cuánto te han costado?...
 —¡Phs! No es mucho: 18.000 pesetas.
 —¡Qué lástima que yo no pueda aceptar estos pendientes!...

—¿Por qué?
 —¿Estás loco? ¿Cómo voy á justificar ante mi marido un regalo de este precio? Se escamaría, y con razón.

—Es verdad, no había caído...
 —¡Qué bonitos son!... ¡Y cómo me gustan!

Eugenio, después de meditar unos momentos, se dió una palmada en la frente, y exclamó:

—Ya está resuelto el problema. Lucirás los pendientes y, además, sacarás algún provecho de la comedia que se me ha ocurrido. Una verdadera comedia.

—¡Habla! ¿Qué se te ha ocurrido?
 —Una cosa estupenda. Yo debía dedicarme á escribir para el teatro... Otros con menos motivos...

—¡Acabarás!
 —Le vas á decir á tu marido que estos pendientes son de una señora que se encuentra apuradísima, hasta el extremo de que los da por 2.000 pesetas; ha comisionado para la venta á una prendera que tú conoces y ésta te los ha traído. Como estos pendientes por 2.000 pesetas son casi de balde, tu marido se aprovecha de la ganga, te da esa cantidad, y...

—¡Admirable! Tienes mucho talento, Eugenio, aunque me esté mal el decirlo.
 —No, á ti no te está del todo mal.

Una hora después de haberse marchado el amante, entró el marido en el gabinete de Luisa. le traía una peineta de concha, muy bonita, que podía haberle costado hasta sus buenas diez pesetas.

Don Diego de la Puente y Ladrón de Guevara, feliz esposo de Luisa de Zaldívar, era bastante mayor que su mujer y tenía muy poco que agradecer á la naturaleza; pero estaban sabiamente compensadas su deficiencias físicas por sus bellas prendas morales. Era de buena índole, tolerante, conciliador, filósofo tranquilo y sosegado y de pasmosa independencia de espíritu. Cuadrábanle á maravilla aquellos sabidos versos de Ventura de la Vega:

*Todo Madrid lo sabía,
 todo Madrid, menos él.*

A lo menos no se daba por enterado, suponiendo que lo supiera, que todo es posible.

En cuanto su mujer le soltó la trola de los pendientes, se apresuró á decir, después que los hubo examinado:

—Imposible que se puedan dar estos pendientes por 2.000 pesetas; ó las piedras son falsas ó son robados.

—No, hombre; ya te he dicho que son de una señora que se encuentra apuradísima y, para venderlos en seguida, los da por ese precio inverosímil. Conozco mucho á la prendera que los ha traído, y sé que por nada del mundo se encargaría de vender una alhaja robada.

—Pues algún intríngulis hay en este asunto: ¿Sabes lo que vamos á hacer para caminar sobre seguro?

—¿Qué?
—Muy sencillo; consultar el caso con un joyero de confianza. Yo conozco uno en la Carrera de San Jerónimo que seguramente me dirá la verdad.
—Verás como te dice que las piedras son magníficas.
—En ese caso, cuenta con las 2.000 pesetas. Voy ahora mismo; no hay tiempo que perder.

fiado esposo. En esto no había ni sombra de duda. Eugenio Duarte era hombre de talento: la trama estaba bien urdida.

Don Diego de la Puente y Ladrón de Guevara entró en su vivienda muy orondo y con cara de Pascuas.

—Traigo un gran apetito—dijo, frotándose las manos, al sentarse á la mesa.

—¿Qué hay de los pendientes?—le preguntó

setas... Toma las 2.000 para la preñera, y si se presenta otra ganga como esta, te la compro enseguida, puesto que ahora disparo ya con pólvora ajena.

La señora se puso intensamente pálida y estuvo á dos dedos de abofetear á su marido...

—Con que es decir (pensaba), que Duarte se ha gastado 18.000 pesetas para que este *Ladrón*... de Guevara... y de otras cosas, se encuentre con



Y salió escapado, llevándose los pendientes. Cuando la señora se quedó sola, pensó:

—Realmente es increíble que esos pendientes puedan darse en ese precio. He debido decirle siquiera 4.000 pesetas y eran baratísimos; pero entonces corría el riesgo de que me hubiera dicho que no. Hay que contar con lo cicatero y lo tacaño que es el hombre.

El marido no volvió á su casa hasta la hora de cenar. No obstante la tardanza, la señora esperaba confiada el resultado de la consulta con el joyero. Tendría, pues, unos pendientes riquísimos, más las 2.000 pesetas que alforjara el con-

su mujer, con cierta impaciencia, al ver que no hablaba enseguida de tan importante asunto.

—¿De los pendientes?... Pues que he hecho con ellos un gran negocio.

—¿Eh? ¿Qué dices?... ¡Habla pronto!...

—Verás lo que ha pasado. Llego, le entrego los pendientes al joyero y le pregunto sin más preámbulo: «¿Son buenos?» «Excelentes»—me contesta. «¿Qué valdrán?»—vuelvo á preguntarle. «Yo no tengo inconveniente en dar ahora mismo por ellos 10.000 pesetas»—replica. «Vengan»—le contesto sin vacilar un segundo. Y aquí me tienes habiendo ganado en un periquete, sin el menor esfuerzo y sin arriesgar nada, 8.000 pe-

8.000 sin comerlo ni beberlo!... Y menos mal que yo *araño* dos mil pesetillas. Algo es algo y menos da una piedra. Con este hombre no hay cálculo posible.

—Soy el hombre de la suerte... ¿Qué te parece, mujercita mía?

—Que he hecho... digo... que has hecho un negocio redondo. Tienes vocación de negociante.

Y añadió por lo bajo:

—Pero, ¡qué suerte tienen los...!

Y no acabó la frase.

FRANCISCO FLORES GARCIA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

VIVIENDO A BORDO EN PARÍS
HAN LLEGADO LAS MANZANAS



“Le Mail”, gran mercado de manzanas, establecido en el Sena

CON los primeros días de Noviembre han llegado á los muelles del Sena, y se han situado á todo lo largo del que lleva el nombre del Hotel de Ville, las barcazas cargadas de manzanas. París asiste siempre con regocijo á esta invasión del fruto carnoso y agrídulce á que tan aficionados son los franceses. Son estos barcos los precursores del regocijado invierno parisién. Este año, á pesar de la guerra, no han faltado los lanchones que utilizan los admirables medios de locomoción interior que Francia posee. Llegan hasta el Sena y hasta París por los ríos secundarios y los canales artificiales desde Bretaña, desde Anjou, desde Normandía, desde Saboya, desde el Poitou y desde Auvernia. Se reúnen en número de sesenta ó setenta y conduce cada uno de 45.000 á 50.000 kilogramos de manzanas, lo cual supone para atiborrar aquel vientre de París que cantó Zola en páginas inmortales, tres millones de kilos.

Este mercado lacustre permanece establecido junto á los muelles del Sena hasta fines de Marzo ó mediados de Abril, en que la mercancía queda agotada. Los traficantes viven á bordo del mismo lanchón en que llevan á la venta sus manzanas; allí tienen su alcoba y su cocina

con su chimenea, de modo que aquella parte del río finge un campamento sobre las aguas y nos recuerda paisajes del Oriente, como la población flotante de Hong-Kong.

Allí acuden los almacenistas de los mercados, los fruteros que tienen tiendas en los barrios extremos de París ó en los pueblos de los alrededores y los vendedores ambulantes y compran las cestas que necesitan para mantener su tráfico. Un régimen de hermandad reina en esta tribu de los manzaneros, á pesar de proceder de

distintos lugares; jamás se entablan entre ellos ruinosas competencias; un precio uniforme para cada calidad ó tamaño; un mismo sistema de ventas; una misma ecuanimidad ante el transcurrir de los días, que nada precipita tanto á un comerciante, y le hace caer en pérdidas, como la impaciencia.

Esta ecuanimidad se conserva presenciando impasible cómo el fruto que llegó demasiado maduro ó que fué mal embalado ó que padeció golpes comienza á averiarse, en proporción á

veces hasta de la cuarta parte de la carga total. Una de las ocupaciones que tienen las mujeres que viven en las barcazas, es ir pelando y haciendo trozos las manzanas que comienzan á picarse. Los pellejos y el corazón, donde están las semillas, tienen una gran demanda, comprándolas, especialmente los confiteros, para hacer jaleas, y los criadores de conejos y aves, que tanto abundan en los pueblos inmediatos á París. Los trozos de pulpa suelen venderse también á los confiteros y á los vendedores ambulantes que recorren los barrios pobres de la capital.

Aun en París, creen muchas gentes que este mercado contribuye á mantener bajo el precio de la manzana, porque son los mismos



El alojamiento de una vendedora de manzanas del “Mail”



Una vendedora de "Le Mail", en su barcaza, limpiando las manzanas

productores los que van á venderla con sus barcazas. Es un grave error. En Francia, como en todos los países latinos de escasa previsión, el productor no acierta á llevar sus frutos personalmente al mercado. Estas manzanas, abarrotadas en los muelles de París y que representan una tercera parte de la cosecha de Francia, han pasado, antes de ser embarcadas, por las manos de dos intermediarios cuando menos. Hay unos agentes que recorren los campos con unos carros donde van cargando las manzanas compradas á los labriegos, y estos recolectores venden su mercancía á los comerciantes de Nantes, Saumur, Augers, Aiguesperse, Clermont y Pont-du-Chateau, que son los propietarios de las barcazas y los que importan el fruto en París. Y, sin embargo, el precio de la manzana en París nunca pasa de veinte céntimos el kilo. En Madrid valen de cuarenta á cincuenta céntimos.

Nuestro Manzanares no es el Sena; no afluyen á él ríos que vengan de Asturias, de Aragón, de la Rioja, de Toledo mismo, de las huertas valencianas ó andaluzas. No puede haber sobre el puente de Toledo ó el de Segovia un mercado de manzanas donde pudieran acudir los frutereros y los vendedores ambulantes y las comprarán á bajo precio y nos las

vendieran baratas á nosotros los pobrecitos consumidores. Además, nuestro Ayuntamiento no toleraría semejante mercado. Exigiría que las manzanas fuesen á almacenarse en los sótanos infectos de la Plaza de la Cebada, como exigió no ha mucho que todo el pescado que nos enviara Galicia fuese á parar al mercado de los Mosten-

ses. El caso es que, produciendo España una gran cosecha de manzanas en todas las provincias, no puede nuestro pueblo hacer de la manzana base de su alimentación durante el invierno.

Podríamos hacer aquí la apoteosis de la manzana, uno de los alimentos más sanos, más nutritivos, más gustosos y delicados que nos regala la Naturaleza. Tiene muchas más calorías que la patata y posee sobre ésta la inmensa ventaja de que puede comerse cruda. En los países del Norte, en Bretaña y en Normandía, así como en Dinamarca y en Suecia, se alimenta el pueblo especialmente de manzanas, crudas ó simplemente calentadas al horno ó en la plancha ó entre un montoncillo de virutas. Son estos comedores de manzanas hombres sanos y fuertes que alcanzan prolongada longevidad. Un buen gobierno en España debería fomentar la producción de manzana con primas á la agricultura y debería, facilitando transportes y suprimiendo intermediarios, lograr su abaratamiento de tal modo que no costase más de diez céntimos el kilo. He aquí que éste sería un grande, alto y espiritual ideal español, tan grande como lo fuera el de reconquistar el Rosellón ó volver á dominar en Flandes.



El embalaje de las manzanas en los muelles del Sena

FOTS. BOYER

MÍNIMO ESPAÑOL



MADRIGALES

Ser sol ardiente quisiera
para poder alumbrarte,
ser velo para besarte
en las mejillas de cera.

La sombra que te siguiera,
ruiseñor para cantarte,
la caja que ha de llevarte,
sudario que te cubriera...

Y que fuese mi mirada
espejo—ya en él te has visto—
para tu figura armónica,
y allí quedases grabada

lo mismo que grabó á Cristo
el lienzo de la Verónica.

ooo

Bella mujer que yo adoro
—sol, estrella, luna, cielo—,
con los rizos de tu pelo
haréme sortijas de oro.

Porque brillen intranquilas,
pondré en las sortijas esas,
á guisa de dos turquesas,
tus azuladas pupilas.

Por ti en lá belleza creó,

y, al ver tus labios, deseo,
como á flor primaveral,
del lindo rostro arrancarlos
para, luego, colocarlos
como un clavel en mi ojal.

ooo

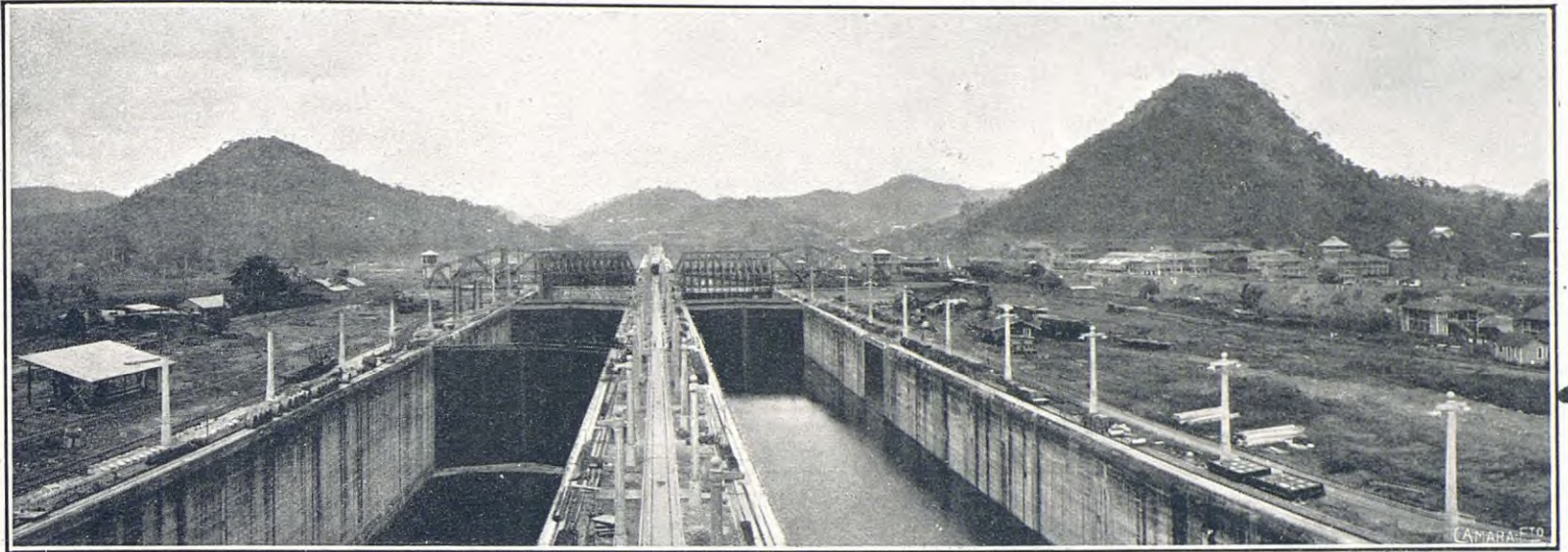
Era hermosa, muy hermosa,
diosa que yo veneré,
y era blanca como rosa
de blanco rosal de té.
Y ¿quién no la venerara.

si dice un proverbio viejo
que la cara
es del alma fiel espejo?
Pero su rostro mentía,
que su alma contemp!é un día
y vi—¡visión espantosa!—
los pecados capitales
como los siete puñales
que tiene la Dolorosa.

JOAQUÍN DICENTA (hijo)

DIBUJO DE OCHOA

EL CANAL DE PANAMÁ DEL ATLÁNTICO AL PACÍFICO



Esclusas de Pedro Miguel; mediante las cuales baja el nivel del lago de Gatun de 85 á 55 pies.—Al fondo se ven colocados los diques de emergencia

ANTES de salir para Colombia contraí con el Sr. Verdugo el formal compromiso de hacer una información del canal que parte en dos el continente americano.

En este momento en que el vapor «Montevideo» echa el ancla en la bahía de Colón me dispongo á cumplirlo. Para ello, además de mi buen deseo, cuento con la valiosa cooperación de Herr Curd Becker, alemán naturalizado en Venezuela, de gran ilustración y muy aficionado á la mecánica y á las construcciones hidráulicas.

Sin pérdida de tiempo tomamos pasaje en el vapor «Darien», que se dispone á zarpar para Panamá, y nos acomodamos en la proa, lugar más adecuado para nuestras observaciones. El «Darien» toma práctico, leva anclas y enfila la entrada del canal. Mi corazón palpita de alegría, pues voy á ver una cosa que jamás soñé ver.

A la izquierda dejamos el pueblecito pintoresco de Cristóbal, construído en la zona yanqui. Durante diez millas el «Darien» navega á media máquina por la bahía de Simón y por un canal de 500 pies de ancho y 41 de profundidad que nos lleva al pie de las esclusas de Gatun, la obra hidráulica más importante de las construídas.

Mi amigo Curd, que dispone de un plano y de una guía magnífica, me hace ver el colosal dique de 7.200 pies de largo por 1.900 de ancho y 115 de altura que obliga á las aguas del río Chárges á formar un lago artificial de 167 millas cuadradas, con una profundidad máxima de 90 pies y un nivel superior en 85 al del Atlántico.

La obra, de hormigón armado, lleva al ánimo una idea de grandeza difícil de desechar. Por un canal supletorio da salida á las aguas sobrantes, que en su caída producen 6.000 caballos de fuerza, aprovechada toda ella en servicios de la empresa.

Previas algunas formalidades, entra sucesivamente en las tres esclusas, al abandonar las cuales se ha elevado el «Darien» 85 pies. La operación es sumamente sencilla. La maniobra y seguridad de las compuertas es admirable. Cada compuerta pesa 1.400 toneladas, cifra que da idea de su magnitud. Por si este dato no fuese suficiente, me indica mi amigo este otro, tomado de la guía: puestas unas sobre otras todas las compuertas, excederían 52 pies la altura de la gigantesca casa Singer de New York.

Durante el trayecto de las esclusas el barco es arrastrado á la sirga por unas locomotoras eléctricas.

—¿Qué pasaría si estas compuertas se rompiesen?—pregunté á mi amigo.

—Una terrible catástrofe—con-

testó éste—; pero eso es imposible, pues están tomadas todas las precauciones, según veo en este libro. Ya ve usted, las compuertas son dobles.

—¿Y si un barco sin gobierno embistiese en ellas?

—Para evitarlo hay una enorme cadena, dispuesta de tal modo, que mediante unos frenos hidráulicos es capaz de detener en 70 pies de recorrido un barco de 10.000 toneladas que marche á cuatro millas por hora.

—Además—prosiguió mi amigo—, existen esos enormes aparatos de seguridad que usted ve á ambos lados de las esclusas, los cuales reciben el nombre técnico de dique de emergencia y han costado los dos 5.000.000 de pesetas.

Efectivamente, á los lados de cada esclusa existen, semejando el esqueleto de un gigantesco animal antidiviano, unos armazones de acero que pueden girar alrededor de un pivote, colocándose perpendiculares al eje mayor de la esclusa. Al propio tiempo, unas planchas agujereadas rebajarían en un tercio la intensidad del torrente destructor. Conseguido ésto, otras placas, con menos desagüe, disminuirían en otro tercio la fuerza antedicha, y por último, otras terceras amansarían por completo la corriente. Toda esta maniobra tardaría en hacerse unos cinco minutos.

—¿Pero tanto sería el impulso de la corriente desbordada?

—Ya ve usted, según dice la guía, sería la fuerza que puede desarrollar una masa de agua

de 90.000 pies cúbicos lanzada á una velocidad de 24 pies por segundo.

Admirados de la grandeza de la obra, demostrativa del poder del hombre, abandonamos con el «Darien» las esclusas de Gatun, navegando á toda máquina por el lago del mismo nombre durante un trayecto de 25 millas. El lago no ofrece dificultades, pues hay mucho fondo y muy buenas señales.

Al llegar á Gamboa nos hacen notar que en aquel punto se unieron las aguas de ambos mares.

Allí empieza la parte difícil, originada por las cascadas, los derrumbes continuos y el desagüe de los ríos Obispo, Cocoli, Pedro Miguel y Río Grande. Con mucha frecuencia vemos fuertes balizas y sifones que tienden á remediar estos inconvenientes. Cuando el vapor surca el canal por los pasos de Cucaracha y de Culebra, donde se han hecho excavaciones asombrosas, de las cuales, sin verlas, no se puede dar idea, se siente un poquito de pánico. El observador no puede sustraerse á la idea de lo que pasaría si aquellas montañas de origen volcánico se viniessen encima de la embarcación. Allí se ven las huellas de continuos derrumbes, hasta ahora imposibles de evitar, como no sea desmontando en gran parte aquellos cerros, operación que se está haciendo lenta, pero continuamente. La profundidad media del canal en estos lugares es de 125 pies.

Apenas se han pasado estos difíciles desfiladeros se llega á las esclusas de Pedro Miguel, similares aunque en pequeño á las de Gatun.

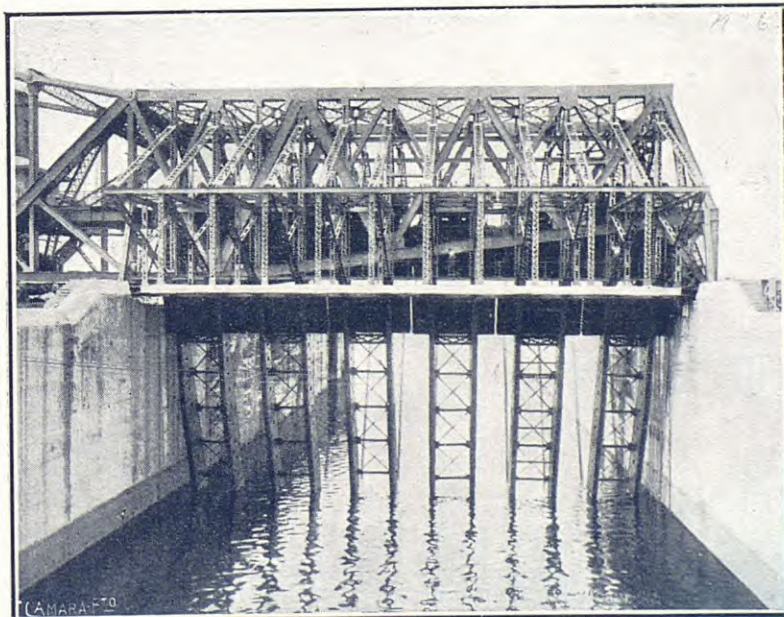
Estas esclusas bajan el nivel del agua de 85 á 55 pies.

Una vez fuera de ellas navegamos por el lago de Miraflores, que es artificial y está formado por las esclusas de su nombre. Estas son mayores que las de Pedro Miguel y menores que las de Gatun, pero de igual configuración. El agua del canal baja, mediante el artificio de ellas, los 55 pies que faltan para estar al nivel de las aguas del Pacífico.

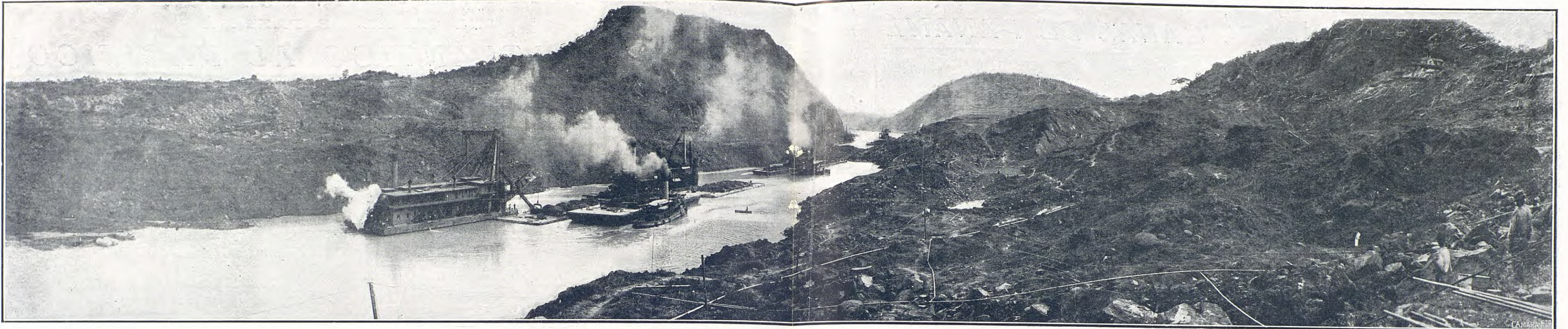
Libre el «Darien» de las esclusas, navega á media máquina durante nueve millas y nos conduce al lugar glorioso donde Núñez de Balboa tomó posesión del mar del Sur.

Después de tan agradable travesía, desembarcamos en Panamá, ciudad española ensanchada con el barrio americano de Balboa, donde los yanquis hacen ver que aún tienen dinero después de haberse gastado en el canal 2.000 millones de pesetas.

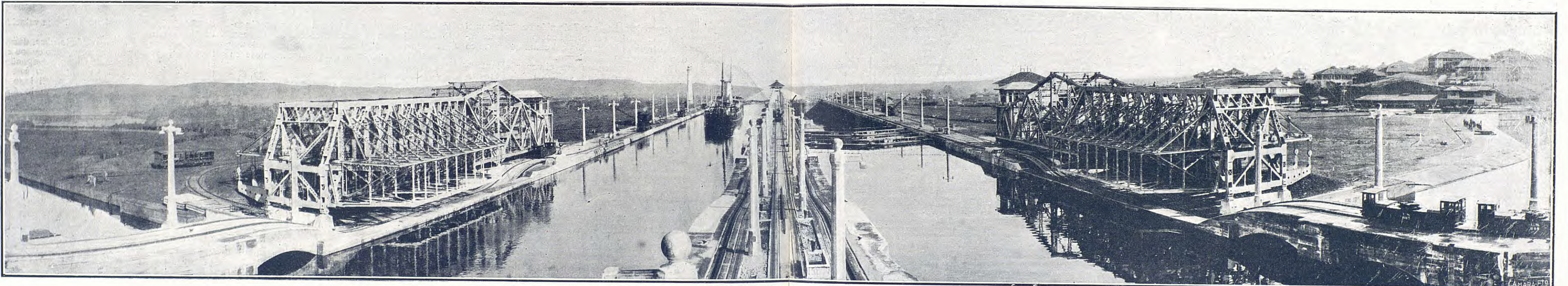
José OSUNA PINEDA



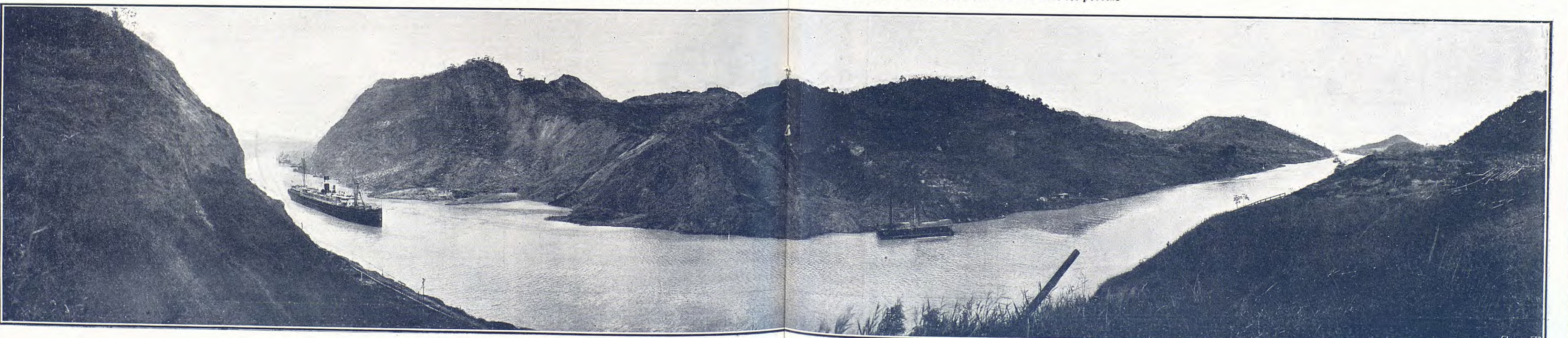
Dique de emergencia en la primera posición de servicio, por si se rompieran los dos juegos de compuertas de cada esclusa



Una vista del canal de Panamá, durante las obras de dragado, realizadas con motivo de un desprendimiento de tierras

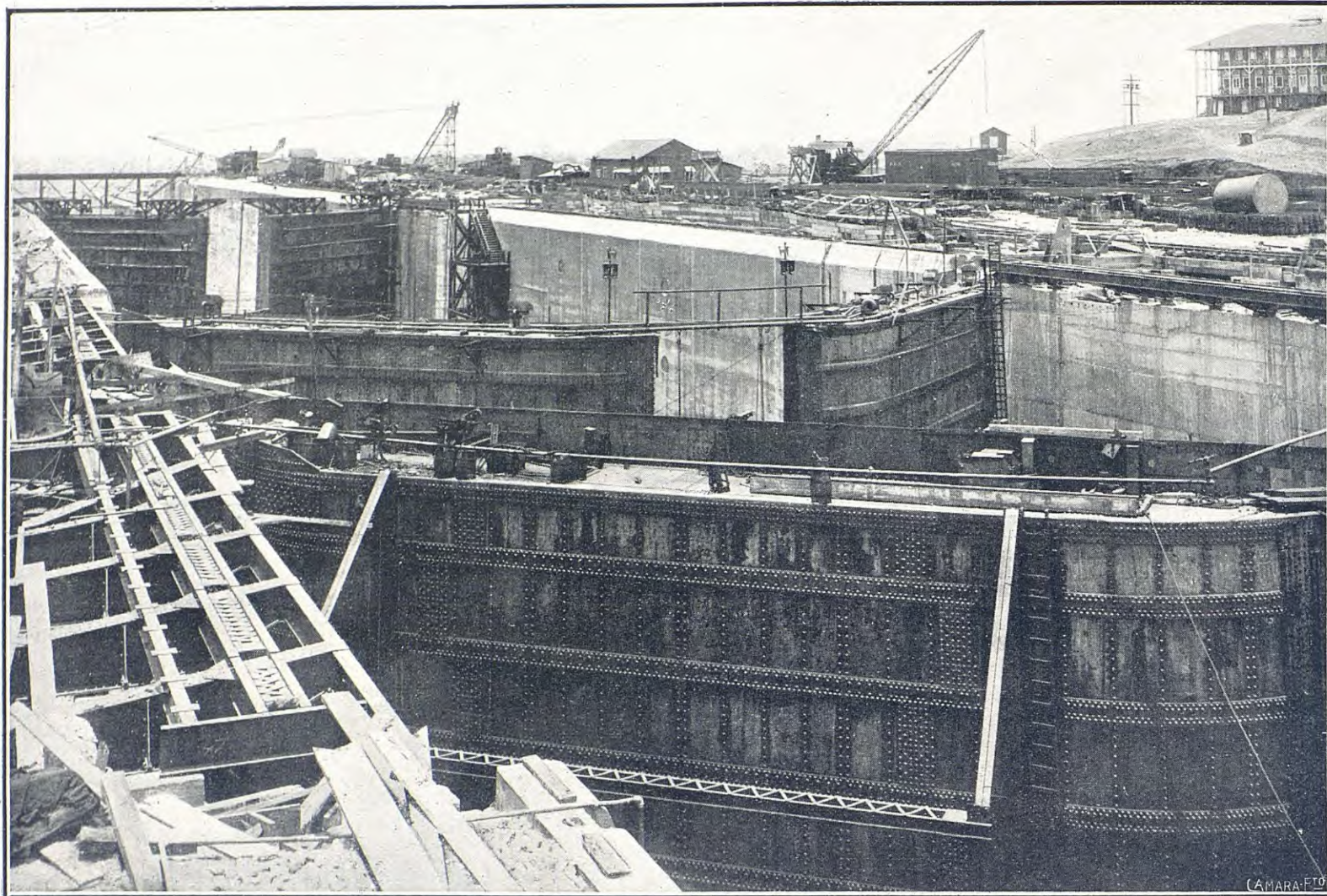


Las célebres esclusas de Gatun, con su gran dique. A ambos lados los colosales diques de emergencia, cada uno de los cuales costó 2.500.000 pesetas

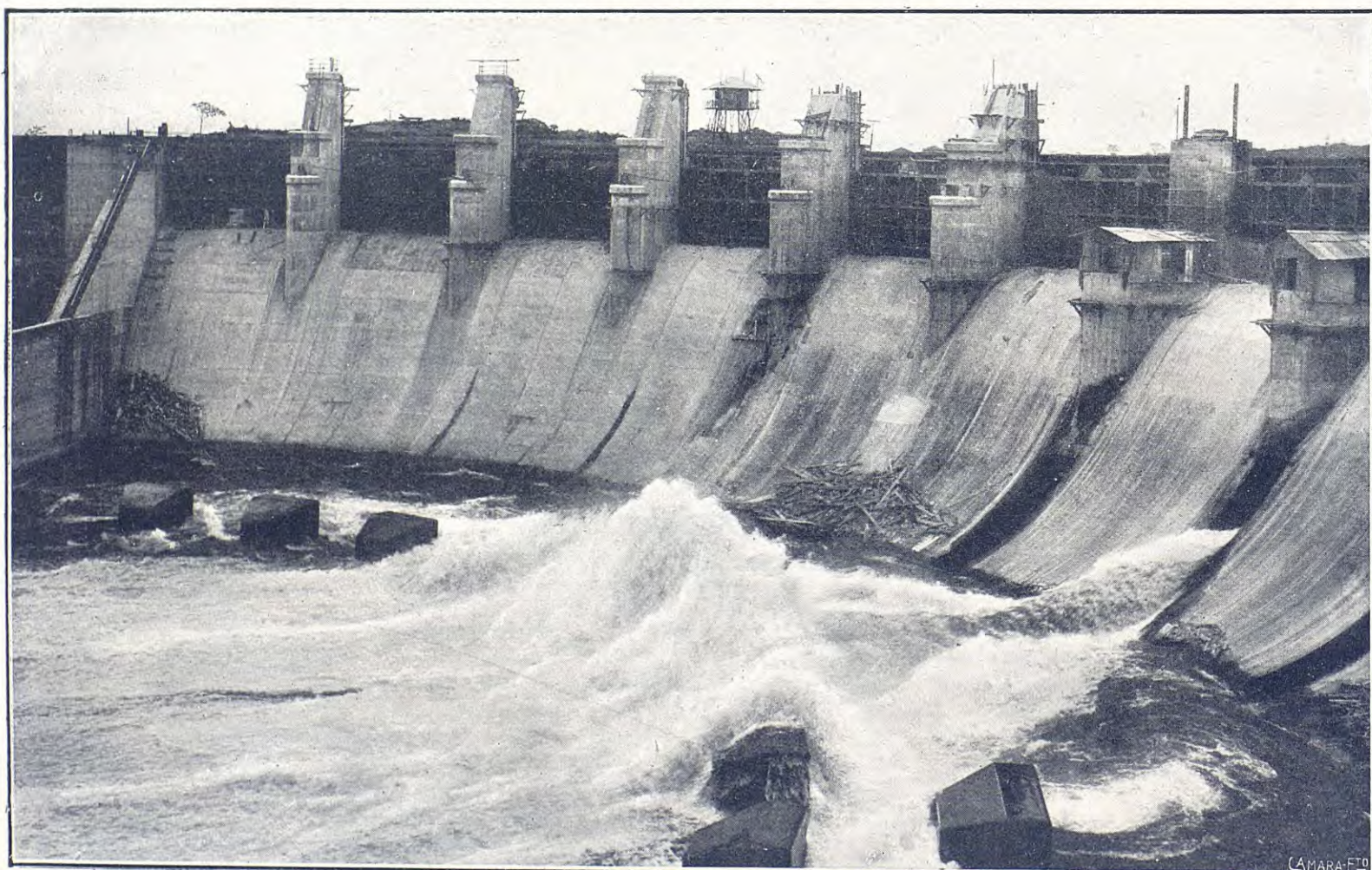


El famoso paso de Cucaracha del canal de Panamá, donde tuvo lugar otro importante desprendimiento de tierras

LA GRAN OBRA DEL CANAL DE PANAMÁ



Construcción de un juego de compuertas en las esclusas de Gatun



Uno de los desagües del lago de Gatun, que produce una energía de 5.000 caballos, aprovechados en el servicio del canal.
La fotografía ha sido hecha antes de estar terminada la construcción del dique



DON MIGUEL EL AGORERO

ESTE que veis aquí, en donosa caricatura, es un titán del pensamiento, es un juglar de ideas, que se llama D. Miguel de Unamuno, y bajó de los riscos vascos á la llanura castellana, queriendo sembrarla de inquietudes. Comenzaron sus clamores en los mejores días de la España clásica, cuando frente á las realidades de Cuba que se alzaba airada contra las oligarquías que la explotaban como á una me-retriz, oponíamos la retórica huera y criminal de nuestros políticos. España no oyó entonces á Unamuno, como no oyó á Pi y Margall, ni á Maura ni á Costa. Los que peleaban por librarse de la zarpa burocrática española eran unas partidas de bandoleros que destrozábamos nosotros oponiéndoles el pecho invencible de nuestros soldados— así lo dijo un ministro en pleno Parlamento—, y gastando en la nueva aventura la vida de nuestro último hombre y el canto de nuestra última peseta. A España le gustaba este frasear, que podía entonarse con música de Chueca, y desdénaba á los contados escritores que le decían la verdad de nuestra injusticia colonial. En este desdén del pueblo se educó la pluma de Unamuno. Toda su labor posterior, de qui-

merista, de sembrador de ideas, de transmisor de sensaciones, está teñida de esta amargura primeriza. Acaso él mismo no se da cuenta de esta fundamental razón de su pesimismo, ni ve cuál es la causa de que su arado de honda reja bien pulida, trace sólo un leve surco en el alma popular, tan leve que las semillas que allí van cayendo las mata el hielo de la indiferencia pública, cuando no se las llevan en sus candorosos picos algunas ave-cillas literatescas.

Don Miguel el agorero tiene valer suficiente, alma de artista, cerebro de pensador, voluntad de vasco, memoria de erudito, atención de estudioso para haber hecho estremecer á España y haberla salvado. No lo ha conseguido porque ha vacilado cuando recorría los senderos iniciales, porque ha creído que sembrar inquietudes era crear espíritus gemelos que le siguieran hasta el sacrificio, porque quiso ver qué podía haber de fecundo y de aromoso en todos los rosales que florecían en el panorama ideológico de la patria, cuando lo prudente y lo sabio hubiese sido no dejar ni las raíces de unos partidos republicanos que no sabían hacer la revolución y de unos reaccionarios incapaces de volver á sa-

car airados la espada vengadora de una guerra civil.

Así, D. Miguel el iniciador, vino á quedar en D. Miguel el agorero. Ya los inventores de un flamante optimismo, que se maravilla de que España trabaje y se enriquezca, le reprochan que no guarde en su admirable difundir ideas y en su tenaz labor de contrastar y valorar todos los pensamientos circulantes aquella misma disciplina al uso que guarda en el mantenimiento de su lugar en el escalafón universitario. Porque le quisiéramos revolucionario entero, sin soldada y sin esclavitud del Estado, sin muceta que no da saber, tirando al aire su bonetillo doctoral como Torres Villarroel, tan díscolo en la acción como en las palabras, no le hemos seguido muchos que, al cabo, somos los pocos corazones candorosos que quedan en España, capaces de sentir las angustias de la patria y las inquietudes de las ideas, que tiemblan en el aire, temerosas de perderse infecundas para siempre, como mariposas que no han tenido la dicha de encontrar la pareja de su cópula.

DIONISIO PÉREZ

CARICATURA DE BAGARIA

(11 de Diciembre de 1831)

AQUELLOS tiempos, ya un poco lejanos de nosotros, en que triunfaron el despotismo y la mala fe de unos gobernantes deplorables, santificaron los folios de nuestra historia con sangre noble y generosa, que fué más tarde senda de nuestras libertades.

No bastaban las persecuciones de honorables ciudadanos en toda España, sino que procurábase capciosamente fuera de ella y por censurables medios la *caza* de los que se amparaban en extranjerías tierras esperando la hora propicia de acudir á la redención de su patria.

Refugiábanse unos en Francia, otros en el vecino reino lusitano, y algunos bajo el pabellón inglés en la plaza de Gibraltar. Fueron estos últimos el coronel D. José María Torrijos y sus infelices compañeros.

Hoy, 11 de Diciembre, cúmplense ochenta y

perseguidos por los voluntarios realistas de aquellos contornos llegaron hasta la alquería del Conde de Molina, situada á legua y media de la capital, donde fueron apresados por las tropas del mal gobernador.

Todos fueron conducidos á la cárcel de Málaga, excepto Torrijos, que fué destinado al cuartel del 4.º regimiento de infantería.

En la tarde del 10 de Diciembre llegaba de Madrid el decreto que condenaba á aquel puñado de héroes á ser pasados por las armas.

La infame estratagema había llegado al apéndice final.

ooo

Porque nada en este asunto tuviera sombras de lealtad, como crimen cometido al amparo de la ley que se acostumbraba en tan funesta época, arteramente se sacó á Torrijos del cuartel en un coche de camino, diciéndole que se le trasladaba á Madrid; pero dejóse en el Monasterio

que quise ser víctima para salvar á los demás. Temo no haberlo alcanzado; pero no por eso me arrepiento. De la vida á la muerte hay un solo paso, y ese voy á darle sereno en el cuerpo y en el espíritu.

»He pedido mandar yo mismo el fuego á la escolla; si lo consigo tendré un placer, y si no me lo conceden me someto á todo y hágase la voluntad de Dios.

»Ten la satisfacción de que hasta mi último aliento te he amado con todo mi corazón. Considera que esta vida es miserable y breve y que por mucho que me sobrevivias nos volveremos á juntar en la mansión de los justos, á donde pronto espero ir y á donde sin duda te volveré á ver tu siempre hasta la muerte, José María Torrijos.—P. D. Recomendando á Sir Thomas y á todos mis amigos que te atiendan, te consuelen y protejan, considerando que lo que hagan por ti lo harán por mí. Te remito por Carmen el re-



«El fusilamiento de Torrijos», cuadro de Gisbert, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

cinco años deste mal suceso, y en memoria de aquellos bravos quiero traerlo á recordación.

ooo

Instigado el gobernador de la muy noble ciudad de Málaga, D. Vicente González Moreno, por aquel funesto ministro, D. Tadeo Calomarde, tendió hábilmente un lazo al dicho general, sosteniendo correspondencia con él, que firmaba bajo el seudónimo de *Viriato*.

Ansioso el ilustre patricio del bien de su patria oprimida, creyó ciertos los albores de libertad que le brindaban y metiose en la conspiración con alma y vida, arrastrando consigo á cuantos le siguieron al destierro.

Dábanles seguridad de que tan pronto como pisaran de nuevo tierra española estaría todo prevenido para dar el golpe y hallaríanse con gentes entusiastas capaces de llevar á cabo tan noble propósito.

«Estos ofrecimientos, consignados en multitud de cartas, confirmadas verbalmente por emisarios y confidentes, difundieron tal confianza en el ánimo de aquel esclarecido militar, cuyo corazón estaba muy lejos de comprender qué cosa es alevosía, que, desde luego, se dispuso á la lucha con todo entusiasmo.»

Y quedó completamente terminado el plan de la expedición.

Así, pues, la noche del 1.º de Diciembre hicieronse á la mar á bordo de dos barquichuelos aquellos cincuenta y dos valientes que, entendiendo que iban á lograr la salvación de España, no bogaban sino al cabo de sus generosas vidas.

El 4 de Diciembre desembarcaron en la costa malagueña, por el sitio llamado Fuengirola, y

del Carmen, en cuyo refectorio hallóse con sus camaradas, que este aposento fué para todos la sala de espera en que habrían de prevenirse para el eterno viaje, de donde jamás se torna.

Hasta entonces no comprendieron los infelices la terrible encerrona que se les había preparado.

Desesperábanse y maldecían con ese rencor más propio del que se ve burlado que vencido, mas el general, de ánimo más sereno, viendo cómo era desgracia irremediable, procuraba confortar á todos con palabras de consuelo y resignación que, viendo la entereza con que lo hacía, nadie que le oyera pensara que no era él uno de tantos.

Puestos que fueron en capilla, el general empleó lo más de la noche en disponer sus asuntos y en escribir á su esposa, que se hallaba en Francia bien ajena de tan irreparable infortunio.

Ciertamente que aquellas postreras líneas trazadas por su diestra no parecen hijas de la tribulación de un hombre lleno de salud que no ha de ver la luz de un nuevo día.

Porque tan grande entereza sea objeto de admiración profunda, quiero, lector amigo, hacerte gracia de la conmovedora letra:

«Málaga, convento de Nuestra Señora del Carmen, el día 11 de Diciembre de 1831 y último de mi existencia.

»Amadísima Luisa mía: Voy á morir; pero voy á morir como mueren los valientes. Sabes mis principios, conoces cuán firme he sido en ellos y, al ir á perecer, pongo mi suerte en la misericordia de Dios y estimo en poco los juicios que hagan las gentes. Sin embargo, con esta carta recibirás los papeles que mediaron para nuestra entrega, para que veas cuán fiel he sido en la carrera que las circunstancias me trazaron y

loj con tu cinta de pelo, única prenda que tengo que poderte mandar. También te enviaré lo que haya sobrado de 15 onzas que tenía conmigo...

»Adiós, que no hay tiempo. El te dé su gracia y fortaleza para sufrir resignada este golpe...»

ooo

Y en la mañana del siguiente día, que era el 11 de Diciembre, las aguas salobres de la mar teñíanse, para baldón ignominioso de una época, con la sangre noble de aquel puñado de mártires por la libertad (1).

Todas las naciones tienen en las páginas de su historia manchas vergonzosas que sólo el resplandor de otras brillantes logran empalidecer un poco; pero no hay gloria que pueda borrarlas por entero. Vale que no son las patrias quienes las cometen, sino sus hijos crueles...

DIEGO SAN JOSÉ

(1) La Condesa de Torrijos, Doña Luisa Sáenz de Viegro, consigna en el libro con que honró á memoria de su esposo, los nombres de todos los que sucumbieron con él. Son: D. Juan López Pinto (teniente coronel de artillería y jefe político de Calatayud en 1825), D. Roberto Boya (oficial inglés), D. Manuel Flores Calderón (Presidente de las Cortes en 1825), D. Francisco Ruiz Jara (primer ayudante de la milicia nacional de Madrid), D. Francisco Pardo (Comisario de guerra), D. Pablo Verdeguer (sargento mayor de la milicia valenciana), D. Juan Manuel Bobadilla, D. Pedro Manrique, D. Joaquín Cantalupe, D. José Guillermo Cano, D. Angel Hurado, D. José María Cordero, D. José Cater, D. Francisco Arenas, D. Manuel Vidal, D. Ramón Ibáñez, D. Santiago Martínez, D. Domingo Valero, José García, Ignacio Alonso, Antonio Pérez, Andrés Collado, Francisco Julián, José Olmedo, Francisco Mora, Gonzalo Márquez, Francisco Benaval, Vicente Jorge, Antonio Domené, Francisco García, Julián Osorio, Pedro Núñez, Ramón Vidal, Antonio Prada, Magdalena López, Salvador Lledó, Julián Sánchez, Francisco Arcas, Jaime Cabazas, Lope López, Vicente García, Francisco de Mundi, Lorenzo Cobos, Juan Suárez, Manuel Bado, José Galisís, Esteban Suay Feliú, José Triay, Pablo Castel y Miguel Prast.

LA GUERRA EN EL AIRE



UN MONOPLANO ALEMÁN, ATACADO POR LOS AVIADORES INGLESES, EN EL MOMENTO DE ATERRIZAR EN EL CAMPO ENEMIGO

DIBUJO DE CLARK

Piropos



POR la calle del Príncipe van unas modistillas pintureras. ¡Y hay que ver cómo

van de bulliciosas, hablando en alta voz, bromeando, riéndose, burlándose del *sursum corda*.

De repente, unos artesanos-chulos que salen de un portal se quedan mirándolas, en la misma actitud de perros que ven la liebre. Como á un conjuero, las muchachas se ponen serias. ¿Que serías? Hoscas, ceñudísimas. Se dan de codazos, se avisan en voz baja:—Chicas, que vienen esos, callarse.

Entonces, los chulillos comienzan el asedio, la persecución, la cacería.

Si ellas se detienen, ellos también; si ellas siguen andando, ellos detrás; si ellas cruzan de acera, ellos cruzan de acera igualmente. Y á todo esto, un bombardeo de palabrotas.

Como ellas no hacen caso de palabras, ellos acuden á las obras. Uno, el más sinvergüenza, coge á una, la más pequeña y débil, por un brazo. Se arma la tremolina; hay gritos, puñetazos, asomarse de dependientes á las puertas y de vecinas á los balcones. Al cabo surge un policía y pone orden. Ellas, indignadísimas, prosiguen su camino, azoradas por la curiosidad pública. Ellos, cínicamente, pregonan entre el corro de transeuntes:

—¡Las golfas esas! Van guaseándose de su padre y porque las gastamos una broma se ponen

moños. ¡Hay que ver! Las dice uno un piropo y se las tiran de «fnolis».

—La hipocresía—añade otro, sentenciador—. Como que no van más que á eso; á ver si enganchan. ¡Como que van medio locas! ¡Si no hay más que verlas!

Este concepto de que la mujer sale á la calle á que la piropeen es, no sólo vulgar, sino aristocrático. Los chulillos de pantalón abotinado y los señoritos «bien» creen, á pies juntillas, que la mujer no tiene ni más Dios ni más Santa María que el piropo. Esa mentalidad simplista, tan deliciosamente analizada por Anatolio France en *La isla de los Pingüinos*, desconoce los mil y un deleites femeninos ajenos por completo al hombre.

Chamfort decía que los hombres solos se aburren, y las mujeres solas se distraen, porque el hombre es el animal de menos inventiva, y la mujer fuente de invención. Los hombres solos hablan rara vez de sus trajes, de sus tocados, de sus perfumes, y menos de los trajes, perfumes y tocados de otros hombres. Las mujeres conocen mundos infinitos de sensibilidad y sensualidad absolutamente ajenos al sexo. Mientras que la sensualidad del hombre es limitadamente sexual.

Esta parece ser la psicología, mejor dicho, la fisiología del piropo. Y si añadimos el mal gusto que reina en los países ineducados, tendremos la razón de por qué en ningún pueblo culto se piropea á las mujeres sin caer bajo la sanción del Código, y por qué en esta España de nuestros pecados y de nuestros piropos, el piropo no es solamente una costumbre callejera, sino tam-

bién una escuela literaria.

Las extranjeras que por primera vez llegan á España se preguntan absortas la razón de que hombres que no las conocen les hablen en la calle tan frecuentemente. El estupor de cierta dama inglesa á quien, no ha mucho, en la Carrera de San Jerónimo, piropeaban dos señoritos «bien», no es comparable al estupor de los señoritos piropeadores, los cuales nos juraban y perjuraban que la habían piropeado «por lo fino», y que, en vez de darles las gracias, se había puesto hecha una leona.

Y es que esos señoritos «bien» ignoran que en ningún país culto se atreve un hombre á dirigir la palabra á una mujer sin haber sido previamente presentado. Pero como en España todo el mundo habla con todo el mundo sin conocerse, nuestros señoritos «bien» se hacían cruces. En diferentes ocasiones hemos hecho campaña contra la grosería del piropo, y alguna vez logramos que las autoridades dictasen bandos prohibitivos, análogos á los de Buenos Aires y Nueva York, bajo la multa de cincuenta pesetas; previa, naturalmente, la denuncia reglamentaria. Pero cuando pasó el turbión de las quejas, vino el diluvio de los «casticistas», los cuales defendieron el piropo como una de las costumbres españolas más típicas y pintorescas.

CRISTÓBAL DE CASTRO



LA ESFERA
QUIETISMO



Nimba el láudano mis horas,
 flota el cuerpo en el vacío,
 y duerme entre zarzamoras
 como el remanso de un río.

Mis mujeres son dos hijas
 ardorosas de Zaphar;
 hay en sus pupilas, fijas,
 sed de amar.

Oramos hacia el Oriente
 cuando se levanta el sol;
 las preces van á Occidente
 cuando apaga su arrebol.

Y las horas se deslizan
 silenciosas, majestuosas,
 mientras sus fuegos atizan
 mis mujeres voluptuosas.

Todo junto á mí se para;
 mis días solemnes, son
 como lenta procesión
 de camellos del Sahara.

Arde pausado el incienso,
 y asciende con él de modo,
 que gozo el placer intenso
 de fundirme en el gran Todo.

Libre mi espíritu, flota
 de la materia olvidado;
 en la tierra, gota á gota,
 sus lacerías ha dejado.

Todo mi soberbio vuelo
 entre mis alas encierra.
 Arriba es azul el cielo,
 abajo es azul la tierra.

Ya nadie turba mi calma
 y mi vuelo se encamina
 hacia la región divina
 donde sólo reina el alma.

Y yo beso á mis hermanas
 con el apacible amor
 que las mirras sabeanas
 depositan en la flor!

Una música inofda,
 una dulzura ignorada,
 á gozar aquí convida
 de ese Todo que es la Nada.

Una quietud infinita
 me penetra, y ya beodo,
 á gozar aquí me invita
 de esa Nada que es el Todo.

Nada turba, nada espanta,
 ni pesadumbre ni hastío.
 Todo ríe, todo canta
 al compás que canto y río.

Nada es inquieto y mudable,
 nada frívolo y externo.
 Todo es quieto y perdurable,
 todo es uno y es eterno.

El tiempo aquí ya no existe,
 todo es presente y seguro.
 No hay pasado ni futuro
 que hacen la vida tan triste.

Ni fiebre ni movimiento.
 Nada al pasar cae y muere.
 No hay por qué entonar ¡Memento!
 ni cantar el ¡Miserere!

Sólo estamos frente á frente
 mi alma, y Dios que la ilumina.
 Sólo el espíritu, ardiente
 en fuego que no termina.

Sólo el amor. El, que crea,
 que posee y satisface,
 que purifica, y que hace
 la Armonía de la Idea.

PINTORES DE AYER
ANTONIO GISBERT



“Los Comuneros de Castilla“, cuadro de Gisbert, que se conserva en el Congreso

La experta pluma y la cultivada inteligencia de Diego San José, tan familiarizadas con las evocaciones de tiempos pretéritos, rememoran en otra página de este número el fusilamiento del general Torrijos y de sus cincuenta y dos compañeros, traicionados por aquel otro general á quien sus contemporáneos conocían con el nombre de *Veidugo de Málaga*.

Quedó inmortalizado este hecho, que añadiera nueva negrura al ya harto sombrío reinado de Fernando VII, en un lienzo que varias generaciones han contemplado en el Museo de Arte Moderno.

El *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros* resiste las mudanzas de gustos y orientaciones artísticas. Desafía las modernas evoluciones estéticas y permanece íntegro de emoción y de belleza. Desde que fué expuesto al público el año 1888 en el Palacio de la Industria del Retiro, la fuerza subyugadora de este cuadro no ha menguado lo más mínimo. Se derrumbaron las tendencias á cuyo influjo nació, se han olvidado los nombres de artistas coetáneos del que le pintara; son muy diferentes—por fortuna—las preferencias públicas en materia de pintura. Y, sin embargo, el *Fusilamiento de Torrijos* detiene nuestras miradas é inquieta nuestro espíritu y aviva los casi extintos fuegos de rebeldía social y de entusiasmos cívicos que nuestra época mollar y sin ideales revolucionarios fué apagando poco á poco...

He aquí la fuerza del verdadero arte. Su permanencia á través de los externos caprichos del tiempo y de los circunstanciales criterios.

Antonio Gisbert, el autor del *Fusilamiento de Torrijos*, no era solamente un pintor, sino también un historiador á la manera apasionada y liberal de los literatos de su época. No dominaba únicamente la maestría del dibujo y el sentido del color; era, además, un gran romántico. Incluso nacido años más tarde, Gisbert habría

pintado los mismos lienzos históricos, porque su arte significaba algo más que sumisión á la moda artística de entonces. Respiraba la necesidad de expresar momentos de intensa palpación nacional.

Prueba de ello es que mucho antes de morir efectivamente el año 1902, había ya muerto para la historia de la pintura española. Vivía ignorado en París, entristecido por las modernas tendencias que él imaginaba perniciosas. No por impotente envidia y por ineptitud inconfesable como los que hoy día atacan á Zuloaga y An-

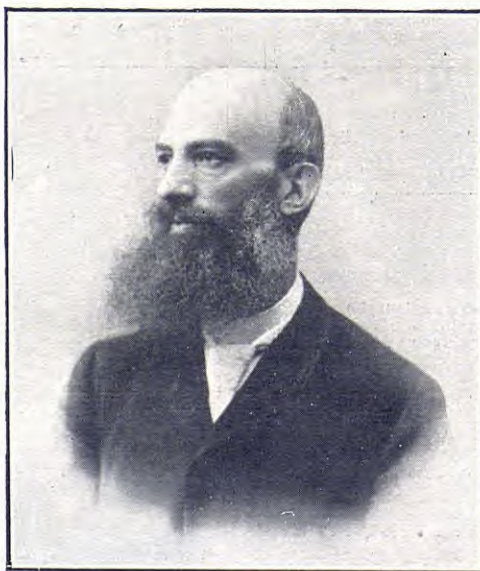
glada, sino por honrado convencimiento, porque ya se sentía viejo y débil para la lucha.

Antonio Gisbert nació en Alcoy el 19 de Diciembre de 1835. Como en tantas infancias de artistas, repitióse en la suya la obstinación paternal en desviar las inclinaciones naturales y en corregir los propósitos electivos del instinto. Del que había de ser un gran pintor imaginaron los padres hacer un mediano y obscuro tenedor de libros. Pero la incapacidad manifiesta de Gisbert para la aritmética, y sus éxitos como incipiente escenógrafo en teatrillos caseros de Alcoy y de Alicante, acabaron por convencer á sus progenitores de que no debían oponerse á una inclinación tan clara y manifiesta.

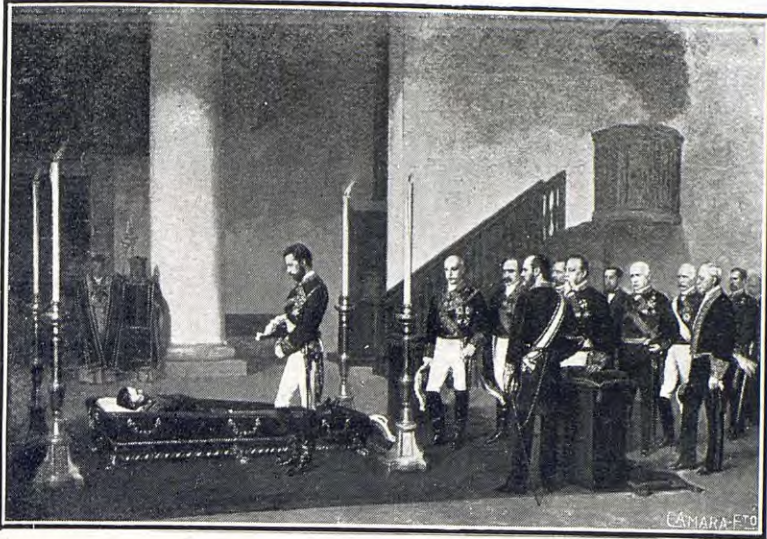
En 1849 fué enviado el muchacho á Madrid é ingresó en un taller de escenografía. No era ésta su verdadera orientación pictórica. Fué no más el único medio que tuvieron de manifestarse sus aptitudes artísticas. Pero ya en Madrid, después de visitar el Museo del Prado, de frecuentar los estudios de los maestros y las clases de la Escuela de San Fernando, comprendió Gisbert que había nacido para algo más elevado que para pintar decoraciones de teatro.

A los diez años se presentó por primera vez á las oposiciones para una plaza de pensionado en Roma y obtuvo el segundo lugar. Repitió al año siguiente los ejercicios presentando un cuadro titulado *La resurrección de Lázaro*, y consiguiendo la plaza por unanimidad.

Este período que inicia su primer año de pensionado y culmina con el enorme triunfo de *Los Comuneros de Castilla*, es el que señala el hallazgo de su personalidad. Son intentos aislados y de sonriente paganismo ó de idílica ternura *Una bacante, Venus naciendo de las espumas del mar, Romeo y Julieta, Fausto y Margarita*, etc. No persistió en la ruta que parecían trazar. Al contrario. El temperamento de Antonio Gisbert se inclinaba á la emoción dramática,



ANTONIO GISBERT



"El Rey Don Amadeo, á su llegada á Madrid, visita el cadáver del general Prim", cuadro de Gisbert



"El minué", último cuadro pintado por Gisbert, que conserva D. Remigio Abad Gisbert, en Alcoy

á la fuerza expresiva de los grandes momentos históricos, á la eternización de episodios que influyeron decisivamente en la vida española. Y siempre con un noble y generoso impulso hacia la libertad; con una simpática ternura envolvente de melancolía á las otras figuras enamoradas de lo justo y de lo altruista. Si no hubiera tenido Antonio Gisbert otras bien notorias cualidades técnicas, bastaría este amor á lo único que merece la pena de vivir para hacernos grato su arte. En la Exposición Nacional de 1858 fué premiado con primera medalla el cuadro *Últimos momentos de Felipe II*, con lo cual el nombre del joven artista adquirió un prestigio y una popularidad que serían consagrados dos años después, en 1860, al serle otorgado un premio

extraordinario y excepcional á *Los Comuneros de Castilla*.

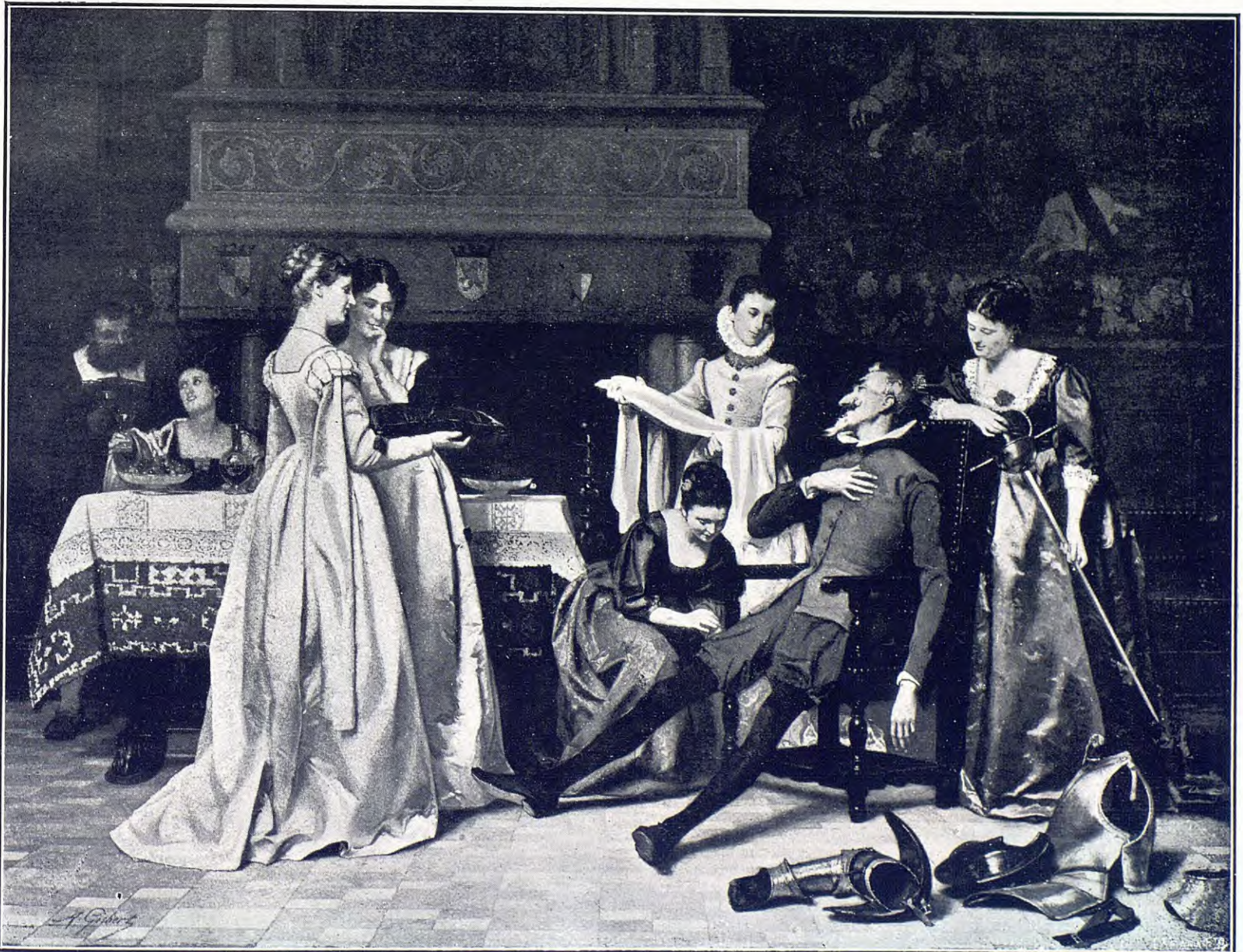
Como un ejemplo perdurable fué colocado en el Congreso de los Diputados en 1861, y el pueblo de Madrid dedicó una corona conmemorativa al ilustre pintor como testimonio de gratitud. El mensaje que el día 16 de Mayo de aquel mismo año le fué entregado con esa corona, iba firmado por Salustiano de Olózaga, el duque de Abrantes, Carlos de Haes, Emilio Bernars, Dionisio López Roberti, Eduardo Asquerino, Ponciano Ponzano y Eugenio Olavarria.

En 1868 nombraron á Antonio Gisbert director del Museo del Prado, y desempeñó este cargo hasta 1875. Durante este lapso de tiempo pintó, entre otras obras, los cuadros *Don Quijote en*

casa de los duques y *Visita del rey D. Amadeo al cadáver del general Prim en la iglesia de Atocha*, en cuyo lienzo no necesitó buscar la inspiración de remotos episodios históricos para obtener un bellissimo resultado de dramática emoción, ya que toda la augusta melancolía de aquel momento era bien reciente.

Como también debió sentir palpitar en torno de su infancia aquella otra más trágica del fusilamiento de Torrijos en 1831 y que obsesionó su juventud hasta que ya en plena madurez, alejado de España, la dió plástica y perdurable expresión en un lienzo que muestra la valentía generosa de un general y la baja acción de un camarada.

SILVIO LAGO



"Don Quijote en casa de los Duques", cuadro presentado por Gisbert en la Exposición de 1871



EN EL CAMPO DE "TENNIS"

Ya caía la tarde
y en las cumbres lejanas
el sol iba bordando
sus transparentes gasas.
El campo era de oro,
bajo la luz brillaba
y esparcía á los aires
rumores y fragancias.
Los árboles dormían
en la quietud sagrada
del cálido y radiante
crepúsculo de grana
y en la olorosa fronda
oculta y solitaria
rebullía un pausado
temblor de hojas y ramas.

Con invisibles dedos
el viento acariciaba
las ondulantes plumas
rítmicas y gallardas
que eran en los sombreros
un penacho de plata

que eligió como trono
las cabezas rizadas.
Sobre el dorado fondo
del campo de esmeralda
ponían las sombrillas
sus tonos escarlata,
y sobre el áureo fuego
de encendidas miradas
levantaban su música
sonrisas y palabras.

En el tapiz cubierto
de arena fina y blanca
como una mariposa
bullías y volabas,
luminosa y alegre,
toda encajes y gasas
y al aire la cabeza
de rizos coronada.
Tus manos señoriles
hechas de raso y nácar
blandían la raqueta
lo mismo que una espada,

y el ondular de brazos
y el revolver de faldas
terfan á mis ojos
el ritmo de una llama.

Como reina del campo
refas y triunfabas
porque eres una diosa
del juego y de la gracia.
Si alguien vencerte quiso
por fuero de arrogancia,
sumiso y derrotado
mordió la arena cálida
como un paladín moro
que viera ensangrentada
y rota, con su orgullo,
su corva cimitarra.
¿Quién osará vencerte,
si con tus manos blancas
con corazones juegos
felina y despiadada?

UNA VEZ...

EN el país lejano de los sueños de la infancia, era reina la Luna; tenía allí más blancura de nieve, más romántico lirismo que en ninguno de los otros países por donde asoma su cara enharinada y redonda. Su palacio, tallado en un bloque enorme de cristal, se posaba sobre la cumbre sombría de unas rocas de acero; por sus salones discurrían todos los maravillosos reyes de Perrault y de Andersen, las princesas rubias de los poetas melancólicos y los príncipes embrujados por el maleficio de una mirada demasiado azul.

En una noche de primavera, había en la antecámara regia un gran revuelo de damas y de gnomos. Cuchicheaban ellas detrás de los abanicos agitados blandamente, fingiendo los vestidos luminosos y floridos un enjambre de insectos enjorjados.

—Nosotras la vimos huir por el jardín y pensamos que era un rayo de luna jugando al escondite en el plantel de los girasoles.

—Parecía un guiño de espejo en la sombra.

—Yo creí que era una mariposa escapada de las prisiones de seda.

—¿No volverá nunca?

—Quizás no. Estaba enferma del mal de la inquietud.

—Una vez quiso abrir las puertas del Tesoro Real á los escarabajos de esmeralda.

—Era demasiado original para ser hada-princesa.

—Otra vez deshizo su collar sobre los cisnes negros del lago.

—Y hace días la vimos llorando sobre las mariposas muertas cuyas alas habían servido para hacerle un turbante azul.

—¡Qué pueril!

—¡Ah! Y no quiso jamás ponerse el guardaintante hecho con una rosa, porque era cruel matar una rosa.

—Llamaba crimen al adornarse con cadáveres de flores.

—Todas esas sensiblerías no eran más que candor.

Esto dijo un gnomo; y como tenía las orejas más largas que los demás, los demás asintieron.

□□□

El hada-princesa huyó con sus dos gnomos, Flor de Acanto y Flor de Miel, cabalgando en caballos del diablo por los caminos de un rayo de sol. Recorrió, con todos los pájaros de las ilusiones en el cerebro, los extraños países que, adivinados en una lejanía, son de plata y de azul, pero que, hollados por nuestros pies, tienen colores trágicos y grises.

Visitó primero el paraíso del Amor y allí paladeó la miel y la hiel de la pasión, que encendió para ella todas las auroras boreales de la locura. Florecían á su paso todos los caminos, se llenaban de sombras y de silencios propicios todas las frondas, corrían más armoniosos y más lentos los ríos que arrastraban sus barcas de amor.

Prendió en su corazón el rayo y la llama, pero pasados los divinos días de exaltación, su alma despertó en el vacío gris de un amanecer, con las alas heridas, derribadas sobre los hombros.

Dejó el hada-princesa los paraísos del Amor, huyendo por los arenales agobiados de luz; sus manos temblaban ateridas de frío y escapaban sus primeras lágrimas de la prisión morena de sus párpados.

Después de haber andado muchos días con sus noches, llegaron al reino de lo Desconocido; allí sus dedos fueron abriendo, una por una, todas las cajas secretas, y en el fondo de todas la vulgaridad y el desencanto se acurrucaban asustados de aquella violación de su misterio.

Visitaron después el palacio de la Curiosidad, y allí vió demasiadas puertas cerradas sobre salones demasiado vacíos.

En las cavernas del Placer, el aburrimiento dormitaba en los joyales guardadores de venenos sutiles y en los lechos suaves. En el último país, en el reino del que no se vuelve jamás, se detuvo á la puerta llena de terror. ¿No tropezarían sus manos con un desencanto nuevo? Avara de su última esperanza, retrocedió sin empujar la puerta de ébano que guardaba el secreto final.

Se alejó desandando el camino lleno de luz, con el cuerpo y el espíritu heridos por los puñales del desencanto.

Los ojos secos, la boca sedienta, los brazos cansados de curvarse sobre las nuca, los pies fatigados de pisar las alfombras muelles que llevan á todos los precipicios. El espíritu, aquel espíritu pueril, sensible como un arco tendido, flor de una primavera lejana, era una copa vacía en este otoño.

□□□

Volvió el hada-princesa á la corte de la reina Luna.

Cuando le recuerdan su adolescencia, sonríe burlona y ambigua detrás de sus velos dorados. Con las lágrimas furtivas hace cascabeles risueños, y con los suspiros perfumes extraños y enervantes.

Se ha casado con un cangrejo de púrpura, y el día de la boda llevó el turbante de alas de mariposa y el guardainfante hecho con el cadáver de una rosa blanca.

A veces, muy de tarde en tarde, siente la nostalgia de aquella puerta negra que no empujó; la puerta del reino de donde no se vuelve jamás.

GUILLERMO LANDRO

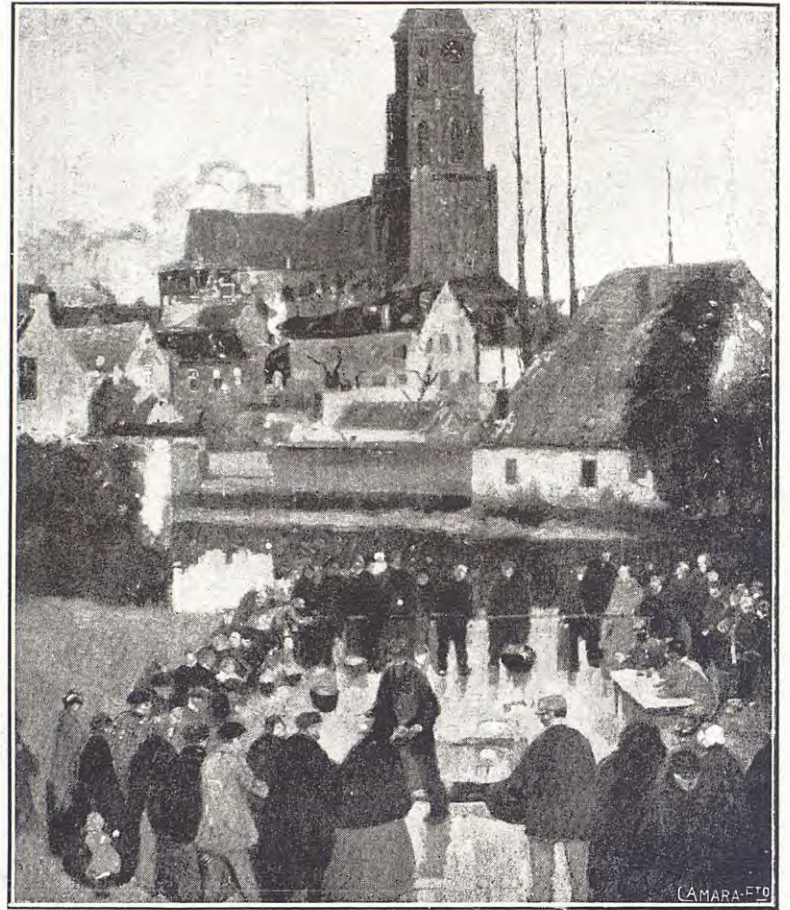
ILUSTRACIÓN DE MANUEL BUJADOS



BELLAS ARTES
LOS ARTISTAS BELGAS



"Música rusa", cuadro de Jaime Ensor



"Una calle de Lierre", cuadro de Isidoro Opsomer

O toño, el de los lentos vésperos y las melancolías áureas, es decididamente propicio á los artistas. Imaginamos temeraria aventura la tardía exposición de los vascos, y, sin embargo, la exposición de los belgas, más tardía aún, parece haber encantado el tiempo y detenido para ella el avance del invierno.

Lo que bajo la lluvia ó tal vez la nieve fuera ingrato empeño, es ahora, en la calma soleada de estas mañanas de Noviembre, un dulce delcete. Se baña el cuerpo en claridad y en paz, bajo las frondas abrasadas, como en una convalescencia. Sobre la arena de los paseos despiertan nuestros pasos crugidos suaves; en la diafanidad azul los sonidos tienen cariciosas vibraciones.

No podía realmente prepararse mejor nuestro espíritu para asomarse al de los belgas á través de sus cuadros y sus esculturas. Acaso instalada la exposición en plena ciudad, en medio del tráfigo cotidiano y de las urbanas inquietudes, no llegaríamos á ella en esta serenidad contemplativa con que nos envuelve la despaciosa caminata por el Retiro hasta el palacete con su rechumbre de cristal y sus velarios discretos donde algunas hojas secas ponen frutos oscuros.

Desde los comienzos de la guerra la palabra Bélgica nos entristece como un dolor familiar y lejano. Despierta en nosotros sombras y gemidos. Todo el encanto de las lecturas pretéritas, de las visiones anteriores á la invasión germánica, resurgen con la cadencia adormecedora de una sonata ejecutada por unas manos invisibles en la penumbra de un atardecer. Se piensa en las prosas, ungidas de misterio y de presentimiento, de Mauricio Maeterlinck; se recuerdan estrofas de Verhaeren; cruza el alma atormentada y doliente de Rodenbach como una nube que bogara sobre las aguas soñolientas de los canales. Y ese mundo fuer-



"Torso de Tritón", escultura en bronce, original de Tomás Vinçotte

te, áspero, de los campesinos que Camille Lemmonier retratará tan fielmente en sus novelas, nos encalienta nuevamente.

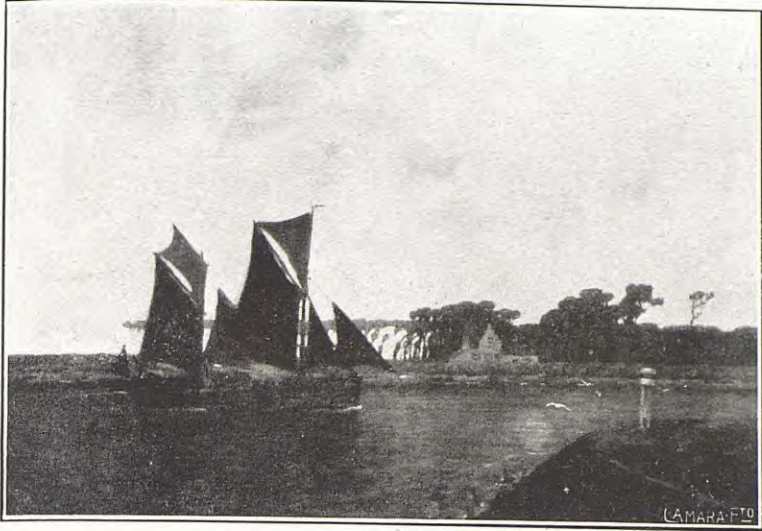
¿Vamos á encontrar todo ésto en la exposición de los desterrados y de los oprimidos? ¿Por encima de sus visiones pacíficas habrá crispaciones coléricas y retos á los ocultos designios que todavía nublan su porvenir?

A la emoción del presentimiento pone un trémolo de inquietud la curiosidad. Y así entramos á la sala central, donde aún no hace muchos días nos indignara levemente cierto proyecto escultórico que ridiculizaba la piedad española.

Recuerda ya un poco esta sala rotondas de exposiciones extranjeras con sus bronce y mármoles entre los cuadros, con sus macetas y sus muebles antiguos. A un lado la bandera belga, que, por un momento, da en sus negro, rojo y amarillo la sensación de que la bandera española está enlutada por el dolor de Bélgica.

Esta exposición es la del dolor realmente. Se organiza á beneficio de los heridos y los enfermos belgas. Muchos de los expositores han fallecido ó están en cautiverio. Damas aristocráticas españolas han acogido protectoras el conjunto de obras artísticas como en los festivales que han de aliviar miserias....

Y sin embargo, todo en torno de los cuadros y de las estatuas, parece feliz y tranquilo, hechizado por una señorial distinción que prolongan las damas con sus arañes, sus terciopelos y sus sonrisas; los caballeros vestidos correctamente. Se ven muchas cabelleras rubias y muchos ojos azules que contemplaron estas mismas brumas melancólicas evocadas ahora por los lienzos. Se oye el suave bisbeo de las palabras francesas. De cuando en cuando, dentro de transparentes y finísimos cuencos de cristal, flotan en el



"Regreso de las barcas", cuadro de Victor Gilsoul



"En espera", cuadro de Eugenio Laermans

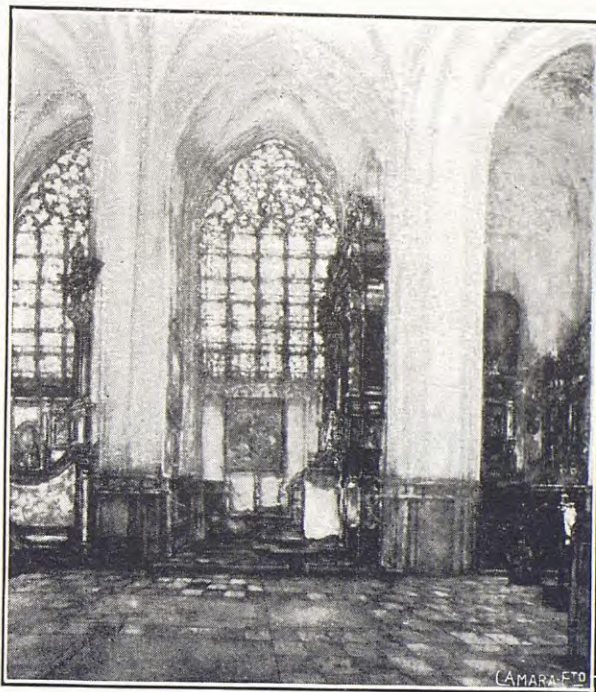
agua hojas de rosas. Pero también los sillones, las arcas, las mesas recién, severamente españolas, cedidas para la Exposición por el duque de Alba, hablan de la castellana hidalguía.

Acaso un criterio demasiado exigente pediría algunos nombres más ó rechazaría por no ser muy representativas ciertas obras de los maestros ya consagrados.

En la última y exacta significación, los organizadores han procurado reunir lo que por Italia, Inglaterra y Francia estaba diseminado y libre. Bastantes de estas obras salieron de Bélgica con un propósito de venta inmediata y acaso por ello carezcan de la pureza estética que tendrían realizadas con mayores calma y despreocupación.

No importa. El conjunto es excelente y armónico. Las notas débiles quedan dominadas por la fresca ó vigorosa impresión de las afirmativas. No falta ninguna tendencia de las varias que se reparten ahora el arte belga. Están los realistas, los idealistas, los que supeditan todo al cromatismo exultante y los que buscan la emoción en las armonías penumbrosas y en las gamas friamente sordas.

He aquí Alberto Baertsoen con sus visiones de Gante y de Brujas, en las que tiemblan las casas antiguas dentro de las aguas misteriosas de los canales, con sus puertos en que la bruma encapucha ó muerde los altos velámenes de los barcos. Jaime Eusor, con sus intimismos de los hogares burgueses de otro tiempo, del tiempo de las crinolinas y las japoneserías amadas de Alfredo Stevens. Los hombres humildes grotescamente trágicos de Euge-



"Capilla de la iglesia de San Pedro, en Lovaina", por Alfredo Delannois

nio Laermans. Las exuberancias coloristas de Teodoro Rysselberghe, hermano de los post impresionistas franceses; los simbolismos de Khuoff menos transcendentales, menos estremeceadores que los de Feliciano Rops; los «fondos» de los cuadros de Frédéric en que se agitan los seres ruidos ó adoptan hieratismo místicos los iluminados...

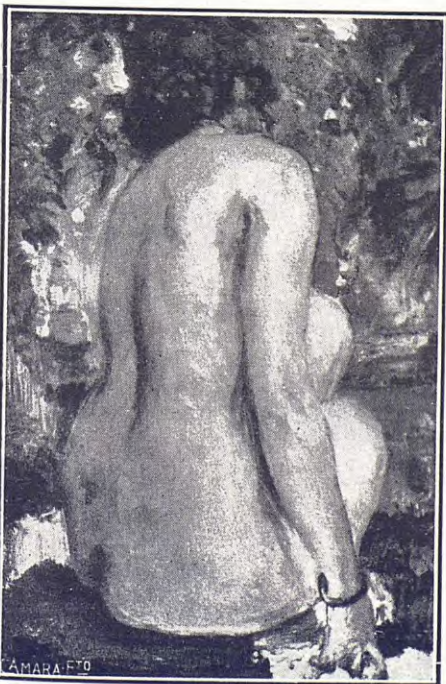
Y están igualmente Franz Courtens, Alfredo Delannois, Emilio Claus, Marcelo Tefferys, Pedro Paulus, Mauricio Wagemans, Isidoro Opsomer.

La escultura se muestra pujante y altiva segura de su tradición, no por menos reciente menos positiva. He aquí el *Ecce Homo* de Mennier que parece un símbolo de la patria suya ofrecida al mundo actual. También simbólicamente parece avanzar el espléndido *Torso de triton* modelado por Vincotte y tender su juventud en holocausto las figuras de *Ofrenda* firmadas por Víctor Rousseau.

Detras de los tres maestros siguen los otros escultores belgas, Charlier, Salaing, D'Hareloosse, Dubois, Lagae, Vander, Stappen y Rik Wonter, muerto en las trincheras de Flandes.

Y cuando la sección de grabado, en su salita recóndita y última, prolongaba la sensación de quietismo, de intimidad, de melancolía, nos sorprenden de pronto las aguas fuertes y los dibujos de Julio Bruyker que, lejos de su patria, no ha querido permanecer inactivo y dejó correr por el lápiz y por el buril la energía del alma sacudida violentamente...

José FRANCÉS



"Desnudo al aire libre", cuadro de Mauricio Wagemans



"Ecce-Homo", escultura en bronce, original de Constantino Mennier



"Retrato de señora", cuadro de Herman Richir



Iglesia de la Virgen del Puerto, en la ribera del Manzanares

MIRANDO AL PASADO

La Virgen del Puerto

EL corregidor de Madrid D. Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, marqués de Vadillo, deseoso de que las lavanderas y vecinos de la ribera del Manzanares tuviesen una iglesia donde oír misa todos los domingos, fundó un santuario en el Paseo Nuevo de la Corte, colocando en él la Virgen denominada del Puerto, cuya imagen se trasladó procesionalmente desde el Colegio Imperial.

El día 8 de Septiembre de 1718, coincidiendo con la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, se abrió la iglesia al culto. Celebróse una espléndida romería, á la que concurrió todo el pueblo. El carro de la Noche corría más vertiginoso en esta fecha por las negruras del espacio. Los caballos que de él tiraban levantado habían una nube de polvo de plata en las alturas; de la nube parecía bajada la hermosa Virgen que daba de mamar al Niño. Guiando el carro iba el Sueño con un gran cuerno repleto de esencias. Brillaban más las estrellas y el paso de la Noche era un triunfo de paz. Oíase muy quedo el caminar del río tantas veces calumniado. Susurraba el viento en las copas de los antañones y corpulentos árboles del soto virgiliano. La luna asomaba su disco cárdeno entre nubes de ópalo. En el pórtico de la ermita flotaba un resplandor de

incendio. La Casa de Campo daba sus aromas exquisitos. Cohetes multicolores iniciaban el estruendo de las campanas, de las músicas, del tamboril y la gaita que momentos después se confundían para morir en las lejanías de la Florida. En los muros del santuario resplandecían los farolillos verbeneros. La capilla estaba profusamente iluminada; frente á ella alzábase por los siglos de los siglos una cruz de piedra que era veneranda; junto á la cruz ardían la retama y el roble; por encima de la hoguera saltaban varios muchachos descalzos, y aquellos que eran ángeles en la tierra, semejaban entre las llamas fantasmás demoníacos. Con el fuego entibiábase la frescura que venía del soto. Al olor fuerte de las ramas que se quemaban, uníase el de la carne chamuscada.

A espaldas de la ermita, los romeros gustaban los melones que por aquellos días llegaban á la corte en grandes carretadas y que se apilaban en tenderetes y barracas orladas con banderas y cadenetás de papel, ostentando pomposos títulos de este tenor: «Para melones, aquí. Soy el efectivo Majo. Más barato que yo, nadie.»

A fin de que la fiesta resultara solemne de todas veras, el antes citado corregidor colocó la primera piedra del puente de Toledo, pues que

le parecía oportuno para destruir los de madera que á cada momento eran arrancados en las frecuentes avenidas y necesario para comodidad del público y de los ganados que venían de la Andalucía y de los campos toledanos.

Se dotó la iglesia con las precisas rentas para el sostén de tres capellanes y otros tantos patronos. En la escalera frontera se hicieron viviendas de alquiler, con cuyo producto se atendía al culto. Más tarde se habilitaron con el mismo objeto las oficinas bajas y se formó un jardín.

Cerca de allí estaba la fuente del Abanico, así llamada por tener uno figurado en la piedra; en esta fontana refrescaron las sienas de cierta maja aristocrática que perdió el sentido al caer de su caballo cinco años después de abierta la iglesia, con ocasión de dispersarse la romería por una horrorosa tormenta y regresando los próceres personajes, como una parodia de la cacería del bosque de Bondy, chorreando agua y con las pelucas desrizadas.

Todo esto quiere decir que á la Virgen del Puerto profesaban honda devoción los madrileños, y que como la placidez del bosque convidaba á la expansión, la romería se repitió, y poco á poco fué convirtiéndose en una verbena más.

ANTONIO VELASCO ZAZO